

CLARA ANN
SIMONS

*La
decisión
de
Ivanova*

LIBRO 3
SAGA
IVANOVA

La decisión de Ivanova
Libro 3 de la saga Ivanova

Clara Ann Simons

La decisión de Ivanova
Clara Ann Simons

Copyright © 2020 por Clara Ann Simons.
Todos los Derechos Reservados.

Todos los derechos reservados. Ninguna sección de este material puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio sin la autorización expresa de su autor. Esto incluye, pero no se limita a reimpresiones, extractos, fotocopias, grabación, o cualquier otro medio de reproducción, incluidos medios electrónicos.

Todos los personajes, situaciones entre ellos y sucesos aparecidos en el libro son totalmente ficticios. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas o sucesos es pura coincidencia.

La obra describe algunas escenas de sexo explícito por lo que no es apta para menores de 18 años o la edad legal del país del lector, o bien si las leyes de tu país no lo permiten.

Para mayor información, o si quieres saber sobre nuevas publicaciones, por favor contactar vía correo electrónico en claraannsimons@gmail.com

<http://www.clarasimons.com>

Twitter: @claraannsimons1

Índice

[Prefacio](#)

[Decisiones](#)

[Alberto](#)

[Una proposición arriesgada](#)

[No todo sale como esperabas](#)

[Decisiones de pareja](#)

[Carlos](#)

[Nuevas experiencias](#)

[La cita misteriosa desvelada](#)

[Viaje inesperado](#)

[Proposición indecente](#)

[Juegos peligrosos](#)

[Despertando juntos](#)

[Reunión con los escoceses](#)

[La decisión](#)

[Otros libros de la autora](#)

Prefacio

Al volver de su último viaje de trabajo en Hanover, Lucía debe enfrentarse a la realidad.

¿Intentará salvar la relación con su novio que ha entrado en la rutina?

¿Luchará por seguir con Carlos a pesar de sus infidelidades?

¿Se atreverá a dar el paso y aceptar que está enamorada de Sonsoles?

Una decisión importante complicada por cambios en su trabajo y en su vida.

Unos días clave para el resto de su vida.



Decisiones

Mensaje de Whatsapp a las seis y media de la mañana. ¡Qué horror! Tengo que acordarme de quitar el sonido al irme a dormir.

Con los ojos medio cerrados intento leer cegada por la luz del móvil y por el terrible sueño que tengo. Es Sonsoles. ¿Qué narices quiere a estas horas? ¿No puede esperar a que llegemos a la oficina?

“Café a las ocho y media en el bar de la azotea. Me tienes que contar...”

¡Qué bruja! Quiere saber qué tal me ha ido con el regalo que me hizo la semana pasada, cuando estuvimos en la feria de Hanover. La verdad es que no tenía yo mucha fe en que el succionador de clítoris ese que me regaló fuese tan bueno como ella decía, pero tengo que reconocer que no es bueno, es mejor. ¡Menuda pasada! Y claro, la brujilla de Sonsoles querrá que le cuente todos los detalles. Sin olvidarme ni uno.

Tras el viaje rutinario en bus de todos los días llego al trabajo. Mi empresa ocupa dos plantas de un moderno edificio de oficinas y en la azotea hay un bar muy bien montado. Muy modernillo, en plan “chill out”, desde el que se puede disfrutar de unas fantásticas vistas de Madrid, siempre y cuando ese día no haya mucha contaminación.

Al llegar veo a Sonsoles sentada en su mesa favorita, al lado de la barandilla, muerta de risa al verme.

Al verla ahí sentada, esperándome, me viene a la cabeza todo lo que ha cambiado mi vida en el último mes y medio. En todos los sentidos, porque mi vida no se parece en nada a la que tenía.

En apenas cuarenta y cinco días he pasado de morirme de asco en el departamento de seguimiento de ofertas de la ingeniería para la que trabajo a formar parte del departamento de ventas internacionales, aunque sea en período de formación. Eso en el plano laboral.

El plano sentimental se lleva la palma. Mi vida tranquila junto a Alberto, mi novio de los últimos seis años, se ha convertido en un caos. Primero con Carlos, el jefe de mi departamento al acompañarle en un viaje a San Petesburgo, y luego mi primera y única experiencia lésbica con Sonsoles la semana pasada en Hanover.

Un caos que me asusta un poco. O más bien mucho. Un caos que me llena como mujer, pero que es a la vez un sueño y una pesadilla.

Y ahí está la maravillosa Sonsoles. Sentada, sonriendo. Con sus ojitos color avellana fijos en mí. Su trenza rubia a un lado. Su carita dulce. Su sonrisa. Literalmente me derrito cada vez que la veo.

Bajo ese aspecto dulce, delicado, casi frágil, se esconde una de las mujeres más valientes y decididas que conozco. Con una inteligencia privilegiada. Algo que añade mucha fuerza a lo que voy sintiendo por ella.

—Cuéntame pillina, ¿qué tal el regalo?

—Eres una perversa, Sonsoles.

—Ya sabes que sí...

La naturalidad de Sonsoles para tratar cualquier cosa, sobre todo cualquier cosa que trate de sexo, me maravilla. Yo soy mucho más cortada para esas cosas, pero para ella el sexo es algo natural.

—Bueno, en serio. ¿Qué tal? Quiero saberlo.

—Vale, tenías razón. Es una auténtica pasada. En cuanto te acostumbras un poco a él, ese aparatito funciona siempre. Increíble. Pedazo de orgasmos.

—Con el miedo que te daba en Hanover.

—Joder, Sonsoles, es que eso de que se llame “succionador de clítoris” asusta un poco de entrada. Pero bueno, muy bien. Te agradezco mucho el regalo. ¿Contenta ya?

—Contenta y caliente. Te eché mucho de menos este fin de semana.

—Yo a ti también. Sonsoles. La verdad es que compartir la habitación contigo en Hanover fue una auténtica pasada. En todos los sentidos, no solamente el sexual. Fue una bendición que nos tocase juntas, y eso que yo no quería al principio.

—Para mí también Lucía. Aunque al principio estabas un poco asustada, reconócelo.

—No seas tonta.

—¿Has pensado un poco en todo lo que hablamos?

—Casi nada. Me deprime pensarlo. Me pongo muy triste.

—¿Y piensas que es mejor dejarlo correr y no mirar para ello a ver si se soluciona todo solo? ¿Qué vas a hacer como los avestruces que esconden la cabeza en la tierra? No me parece una buena opción, la verdad. Tus problemas no se van a solucionar solos. Tendríamos que hablarlo.

Como casi siempre, Sonsoles tiene razón. Tengo que tomar una decisión sobre lo que quiero hacer con mi vida sentimental porque ahora mismo es un auténtico caos. Un caos que en cualquier momento va a explotar y puede hacer daño a más gente. Una especie de bomba de relojería que cuando explote se va a llevar a todos los que están a mi alrededor de una manera u otra. Pero me duele mucho pensarlo y sigo sin tener ni idea de lo que quiero.

—Ahora no, Sonsoles. Me pone triste hablar de ello y además no tenemos tiempo.

—Tiempo tenemos. Carlos y el idiota de Óscar no están. Viaje relámpago a Polonia.

—¡Semana de chicas en el departamento, Sonsoles!

—Bueno, está el pobre Javi. ¿Qué pasa que como no te tira los tejos no le cuentas? Pues está casado, que lo sepas. Los otros dos son simplemente unos salidos. Te lo estás empezando a creer un poco Lucía Ivanova.

—Que no, tonta. Es que se me había olvidado Javi. Ya sabes que me cae súper bien. Por cierto, me gusta cómo suena eso de Lucía Ivanova, y más cuando lo dices tú. Puede que me quite el López de primer apellido y ponga Ivanova. Suena más misterioso.

—¿Por qué no empezamos por la raíz de todo Lucía?

—¿Cuál?

—No te hagas la tonta. Tu novio Alberto. Es donde empieza todo. Sigue sin saber nada ¿no? ¿Qué vas a hacer con él?

Sonsoles da en el clavo, por mucho que me duela.

Todo empieza por Alberto y es lo primero que debería solucionar. El pobre no sabe nada del lío que tengo montado primero con Carlos y luego con Sonsoles. El día que se entere le va a dar algo. Pobre Alberto, con lo bueno que es conmigo.

Pero es que las cosas ya no son como antes. A nuestra relación le falta chispa. Por el amor de Dios, ¡tenemos veintinueve años! No me imagino lo que pasaría cuando tengamos cuarenta o cincuenta. Y no hablo solamente de sexo, que también porque desde que descubrí a Carlos y a Sonsoles no puedo evitar compararle y sale siempre perdiendo.

La relación entera se ha vuelto rutinaria. Parecemos dos viejos. Ya no es lo mismo. O quizá soy yo la que ha cambiado. Las personas no evolucionan a la misma velocidad y puede que ese sea el

problema entre Alberto y yo en estos momentos.

Sea lo que sea, nuestra relación no funciona y debería poner una solución antes de que vayan pasando los años y me instale en una rutina de la que no pueda salir. Si ahora me siento atrapada, dentro de diez años será mucho peor. Y ya no quiero pensar si me quedo embarazada.

Los comentarios de Sonsoles la semana pasada en Hanover me hicieron pensar mucho. Si no le damos al sexo su verdadera importancia corremos el riesgo de ir conformándonos con algo de baja calidad, algo que ni nos satisface ni nos llena. Entramos en la rutina y acaba pasando al resto de aspectos de nuestra vida.

—Vale, lo de Alberto estoy de acuerdo en que tengo que solucionarlo cuanto antes. Nuestra relación no funciona y tenemos que hablarlo. Pero es que es muy bueno conmigo. Sé que me quiere de verdad y que es buena persona. Me da pena hacerle daño.

—¿Sigues con él por pena?

—No, no es eso, Sonsoles.

—Pues lo parece.

—Bueno, vale. Que tienes razón. Lo voy a hablar con él hoy mismo.

—¿Se lo vas a contar todo?

—No, no puedo. Le haría mucho daño.

—Lleváis seis años juntos, Lucía. Quizá se merece saber que te has acostado con Carlos y conmigo.

—No, de verdad. Creo que es mejor que no sepa nada. Hay cosas que es mejor no saberlas. No puedo hacerle tanto daño. Bastante daño le voy a hacer ya.

—Muy bien, no es que esté muy de acuerdo, pero es cosa vuestra. Segundo paso. Carlos.

Cómo odio llegar al tema de Carlos. Es mi perdición. Me hizo tanto daño. Y aún sabiendo que está casado y que se acuesta con varias creo que si me vuelve a llamar y me pone esa sonrisa volvería a caer. ¿Cómo puedo ser tan tonta?

—Carlos está olvidado, Sonsoles. Es historia. Historia triste, pero historia. Me volvió loca cuando estuvimos en San Petesburgo. Me mostró un Carlos atento, detallista, tierno. Un Carlos que me hacía sentir especial, querida y valorada. Con sus rosas y sus bombones, la cena romántica en el barco. Y el sexo era fantástico.

—Te estaba seduciendo.

—Lo sé. El Carlos de la semana pasada en Hanover fue una versión mucho peor. No me gustó nada que estuviese en modo estirado casi todo el tiempo y lo de pasar la última noche con otra me hizo mucho daño, ya lo sabes. Se acabó.

—No podías esperar ser la única mujer para él ¿no?

—A ver, ya sé que está casado, con un hijo, y todo eso. Pero me hacía sentir muy especial. Me sentía protegida, valorada. No lo sé. Tenía esperanzas.

—Joder Lucía. ¿Qué problema tenéis las mujeres cis con los machos alfa? Es que no lo entiendo, la verdad. ¿Quieres a Carlos porque es “machoman” y la tiene más grande que Alberto? Que no estamos en la edad de piedra. No necesitas que te proteja. Vives en España en el Siglo XXI.

—Carlos no la tiene grande, que lo sepas. ¡Uy, lo que acabo de decir!

—Vale, no me des detalles.

—No es grande. Es un pene bonito, pero no grande. Aunque es mejor que Alberto en la cama.

—Vale, vale Lucía, que no necesito conocer los detalles. Yo prefiero dos dedos antes que un arnés, así que te entiendo. Pero sigue siendo “machoman” y un estirado.

—Es un egoísta. No tenemos ningún futuro. Se acabó.

—Muy bien, y finalmente, ¿dónde encajo yo? Porque ya no queda ningún otro ¿no?

Sonsoles. La maravillosa Sonsoles. ¿Dónde encaja? A veces pienso que podría funcionar. Me entiende mucho mejor que cualquier otra persona. Es preciosa, inteligente, en Hanover se jugó su puesto de trabajo enfrentándose a Carlos para protegerme. Y he tenido con ella los orgasmos más intensos de mi vida.

Pero no me atrevo a dar el salto.

—No, Sonsoles, no hay más personas. Ya bastantes son tres.

—Vale, entonces, ¿dónde encajo yo? ¿Soy tu amiga con derecho o algo más?

—Me duele que me digas eso.

—¿Te duele? ¿A ti? ¿A mí no?

—Eres importantísima para mí. Significas muchísimo. Eres increíble, mi alma gemela. Y el sexo contigo es el mejor que he tenido nunca. ¿Quedas contenta?

—Para nada. ¿Soy un vibrador para ti? ¿Una especie de vibrador con el que puedes hablar y que te consuela cuando lloras? Porque sabes que tengo sentimientos ¿no? Me gustaría que me hablases claro de una vez. Si quieres solamente sexo me lo dices, pero déjame claro lo que quieres de una vez.

—No, joder, Sonsoles. Eres súper importante para mí. Mi mejor amiga.

—Amigas entonces...

—Vale, ¿Quieres que sea totalmente honesta?

—Por favor.

—Eres la persona que más me atrae desde que tengo uso de razón. Pero no me atrevo a dar ese paso. Sé que eres tú con quien quiero estar, pero ahora mismo no estoy preparada. Quizá más tarde sí, dentro de algún tiempo. Ahora no.

—Entonces, ¿tengo posibilidades todavía?

Su carita vuelve a expresar dulzura y esos ojos clavados en los míos me derriten. Las caricias bajo la mesa de su pie descalzo en mi pierna, peligrosamente arriba hacen el resto.

—No lo sé, Sonsoles. Me gustaría decirte que sí. Pero no lo sé. Vengo de una educación bastante estricta en temas de sexo y bastantes barreras he roto últimamente. Tenías razón en lo que me has dicho en Hanover. Una cosa es lo que pienses en la habitación del hotel y otra al llegar a Madrid. En aquel momento tenía claro que quería estar contigo. Ahora no tengo claro nada.

—¿Qué novedad, nena! ¿Por qué no empiezas solucionando primero lo de Alberto y vas quitando cosas?

—Sí, hablaré con él esta misma noche.



Alberto

Volví a casa absolutamente convencida de hablar con Alberto sobre nuestra situación. Convencida de que hay que dejar clara esta situación cuanto antes. El problema es que en este punto y no sé si quiero acabar con mi relación con Alberto o intentar arreglarla de alguna forma.

Por otro lado, tampoco sé muy bien cómo arreglarla. He intentado añadir un poco más de picante y variedad en nuestra vida sexual, pero no parece funcionar demasiado bien. Aunque introduzca algún elemento nuevo, Alberto sigue con sus prisas y todo se acaba demasiado pronto.

A veces pienso que lo único que quiere es acabar cuanto antes. Entiendo que no tengo que buscar el orgasmo porque sí cada vez que lo hacemos, buscarlo como fin último. Pero es que las sesiones de sexo tan cortas son muy frustrantes y me quedo casi siempre sin orgasmo.

Esa es, posiblemente, la mayor diferencia con Carlos y con Sonsoles. Ellos parecen tener una ausencia de prisas que me vuelve absolutamente loca. Quizá por contraste con Alberto, no lo sé. Carlos se lo toma con calma, te hace sentir especial, piensa en tu placer además del suyo. Es muy distinto. Y mucho, muchísimo, más largo.

Para Sonsoles el sexo es como un arte. Disfruta de cada momento de intimidad. Se esfuerza por alcanzar la perfección. Está mucho más pendiente de tus necesidades que de las suyas.

Una vez me dijo que hacer el amor conmigo era como tocar un instrumento. Nuestro sexo era música y mi cuerpo le iba diciendo lo que tenía que hacer.

Así es el sexo con Sonsoles, mágico. Y los momentos de ternura que le añade no los he recibido de ningún hombre.

¿Cómo le explico a Alberto todo esto? Es imposible. No sé ni por dónde empezar.

He pensado también proponerle abrir nuestra relación, pero no tengo nada claro que funcione. Bueno, en realidad sé que no funcionaría. Alberto no sólo es muy tradicional, sino que es extremadamente celoso.

Todavía recuerdo el cabreo que se pilló al enterarse de mi primer viaje con Carlos. Aquel fantástico viaje de trabajo a San Petesburgo donde empezó mi sueño y mi pesadilla.

Resultó que tenía motivos para estar celoso, pero en aquel momento era imposible saber que acabaría así. En aquel momento yo ni siquiera conocía a Carlos más que de vista y brevemente. Además, me caía mal. Me parecía la típica persona prepotente y estirada que se cree superior a los demás. No conocía todavía su lado tierno.

En cualquier caso, hay que hablarlo hoy sin falta, en cuanto vuelva de su trabajo. No puedo dejar seguir esta situación porque no se va a solucionar sola, y me está haciendo mucho daño. Me produce mucha ansiedad y eso no es nada bueno.

Parece que no pasa el tiempo mientras espero a que llegue. Doy vueltas y más vueltas a mi cabeza. Repaso una y otra vez lo que voy a decir. Quiero solucionarlo, pero al mismo tiempo no quiero hacerle daño.

Por fin oigo la llave en la puerta.

—Hola Lu.

—¿Qué tal cariño?

—Vienen Andrés y Martín a ver el partido de fútbol en la tele. ¿Qué te parece si pedimos unas pizzas?

No me lo puedo creer. Se me cae literalmente el alma a los pies. Ahora que lo tenía todo en la cabeza. Ahora que había acumulado el suficiente valor para hablar con él, llega con estos dos a ver el partido de fútbol.

—Muy bien, amor, pues pizza para todos se ha dicho.

No sé cómo matar el tiempo mientras ellos ven el partido de fútbol. En condiciones normales hasta me hubiese gustado verlo, pero no me puedo concentrar. Mi cabeza da mil vueltas. Alberto no se da ni cuenta, ahí está con su partido y sus amigos, poniéndose como cerdos a pizza y cerveza.

Últimamente come muchísimo y mal. A los veintinueve años su cuerpo lo aguanta, pero se le empieza a notar la barriguilla. Acariciar el cuerpo de gimnasio de Carlos es una sensación muy diferente. Sus pectorales, sus abdominales marcados, el principio de esos bíceps que se dejan notar justo por debajo de las mangas de la camiseta.

Puff, me estoy poniendo a cien pensando en Carlos. Si no fuese tan cabrón. Si no me hiciese tanto daño. Pero no puedo pedir su fidelidad cuando la primera que soy infiel a mi pareja soy yo. Ironías de la vida.

¿Cuándo acabará el puñetero partido? Se me está haciendo eterno.

Mensaje de Sonsoles. “Acuérdate”.

¡Qué brujilla! Pero tiene toda la razón, si no fuese por ella no podría dar este paso. Dejaría correr la situación aún sabiendo que me va a hacer daño y no me llevará a ninguna parte salvo a la desesperación. Cada vez estoy más contenta de haber encontrado a Sonsoles. ¡Qué cielo de mujer!

Queda media hora de partido. Más algo de tiempo que se quedarán a tomar otra cerveza. Ya no aguanto más.

—Amor, me duele un poco la cabeza, voy a la habitación.

Me contesta solamente con un gesto. Ni una palabra. Ni tan siquiera una mirada.

Empiezo a sentir un bajón tremendo. No quiero volver a pasar por la depresión que viví hace cuatro semanas al volver de San Petesburgo. Sentía que mi vida no tenía sentido. No quería salir de la cama para nada. ¡Qué horrible! En mi vida me había pasado algo así.

Encontrar a Sonsoles en esos momentos fue providencial. Pero me asusta la posibilidad de volver a esa situación. Sobre todo, me asusta la posibilidad de que llegue a convertirse en algo más.

Cuando mi padre nos dejó, mi madre tuvo depresiones y ansiedad durante años. No levantó cabeza. Jamás salió de aquello. Sufrí muchísimo durante esos años. Supongo que ella mucho más, pero esa imagen, grabada en mí cuando era niña, no sale de mi cabeza y me asusta muchísimo.

Decido leer un poco para quitarme esas ideas de la cabeza. Sonsoles me regaló un pequeño libro de relatos eróticoslésbicos que dice que está muy bien.

Si Alberto se entera de que ando leyendo este tipo de cosas, le da algo. Pero como dice Sonsoles por qué no. No hay ninguna razón para no hacerlo. Me gusta y punto. Hasta para decidir lo que puedo leer o no tengo que pensar sin querer en la mente cerrada de Alberto.

Cuando por fin se termina el partido y se despiden sus amigos ya es bastante tarde. Ni es ya la hora adecuada para hablar algo tan serio ni Alberto está en condiciones de hacerlo. Con el agobio que yo tengo, tampoco creo que fuese muy recomendable.

Ambos nos acostamos y al poco tiempo Alberto ya está roncando, ajeno a todas mis preocupaciones.

Le miro y me pregunto dónde está el Alberto que conocí hace seis años. El que me volvía loca

con cada roce. No queda ni rastro de él. Hemos entrado en una rutina que para mí es totalmente insoportable. Quizá solamente soy yo la que ha cambiado. Quizá para él está bien una vida así, tranquila, sin introducir nada nuevo. Sin cambios. Nunca.

Lo pienso y es la vida que llevan sus padres. Yo nunca tuve una familia normal. Ni siquiera algo parecido a una familia normal. Supongo que prefiero eso a lo que yo he vivido, pero con veintinueve años quiero algo más.

Pobre Alberto. Le voy a romper el corazón cuando lo hablemos. Duerme plácidamente a mi lado sin saber nada. Sin sospechar lo más mínimo. Sé que me quiere y es muy bueno conmigo. Eso es lo que más me duele, hacer daño a una persona que me quiere de verdad. Pero necesito algo más en mi vida. Con Alberto cada vez queda menos entre nosotros y debo arreglar esto antes de que no quede nada.

Ahora mismo sólo somos amigos que compartimos piso y tenemos sexo rutinario de vez en cuando. Ni rastro de la pasión y el fuego de hace seis años. Mejor acabarlo mientras estemos a tiempo que seguir viviendo en una farsa de vida llena de engaños.

Tomo de nuevo el Kindle e intento leer un poco más antes de irme a dormir. “Sólo nosotras, relatos cortos de amor lésbico”, Sonsoles va a acabar conmigo. Cada página que leo me va excitando más y más. Me pongo en la piel de cada una de las protagonistas, pienso en Sonsoles. En su ternura. En su increíble cuerpo. La suavidad de su piel. Su boca. El fantástico sexo que tuvimos juntas la pasada semana.

Noto esa sensación de calor y humedad entre mis piernas tan familiar últimamente. Mientras leo mi mano se desliza sobre mi pubis, completamente depilado gracias a Carlos. Sigo pasando las páginas y mi mano baja un poco más. Acaricio el exterior de mis labios con suavidad. Mi dedo índice pasa delicadamente por mi clítoris sacando un pequeño suspiro de mi boca.

Miro a Alberto que sigue dormido. Este libro me está poniendo a cien. Tengo unas ganas tremendas de tener un orgasmo. Apago el Kindle y vuelvo a pasar la mano por debajo de mi pijama hacia mi vagina sintiendo su calor, su humedad.

Con mis dedos deslizándose lentamente entre mis labios me doy cuenta de lo triste de la situación. Tengo a mi pareja durmiendo a mi lado. Ni siquiera me planteo despertarle. Prefiero masturbarme pensando en Sonsoles, o quizá en Carlos, antes que despertar a Alberto y hacer el amor con él.

¿Cómo hemos llegado a este punto?

Cierro los ojos y mi dedo índice se desliza entre mis labios, llevo su humedad hacia mi clítoris para lubricarlo bien. Lo acaricio muy suavemente, aunque en mi mente es Sonsoles quien lo hace.

Bajo el pijama por debajo de mis nalgas para que no me moleste y vuelvo a mirar de reojo a Alberto. Sigue dormido, ajeno a todo. Ajeno a mis necesidades.

Tengo que reconocer que tiene su punto de morbo masturbarse furtivamente mientras él duerme a mi lado, intentando no despertarle. Añade mucha excitación. Como si fuese una adolescente intentando que no me pillen.

La yema de mis dedos índice y medio recorren lentamente mis labios entreabiertos, resbalando, sintiendo cada milímetro de su piel. Suben hasta mi clítoris, separo con los dedos de mi mano izquierda la piel que lo cubre para que mi dedo índice pueda darme más placer.

Arqueo levemente mi espalda al notar el contacto, suspirando. Una corriente eléctrica acaba de recorrer toda mi columna vertebral. Sigo pasando la yema de mi dedo por él, de izquierda a derecha, de abajo a arriba. Tengo ganas de gemir, pero solamente puedo suspirar levemente. Esa tensión me excita mucho más.

Mis dedos vuelven a mis labios, aumentando la presión. Mis piernas se abren instintivamente

como queriendo que entren dentro de mí. Debo tener cuidado. Vuelvo a mi clítoris haciendo círculos. En mi mente la imagen de Sonsoles, sus pequeños dedos acariciándome como solamente ella sabe hacer. Acariciándome con su alma.

Las yemas de mis dedos aumentan la presión y el ritmo sobre mi clítoris. Pequeños suspiros. Tengo que luchar para no hacer más ruido. Acaricio mis pezones con la mano izquierda. Los siento tan duros que casi duele. Les doy suaves pellizcos, cubro mis pequeños pechos con la mano, acariciándolos.

Mi mano derecha sigue en mi clítoris, rozándolo sin descanso. Introduzco dos de mis dedos en el interior de mi vagina que los recibe sin ofrecer resistencia alguna.

Apago un gemido al sentirlos entrar. Escucho el sonido que producen al entrar y salir de mi sexo. Noto el calor, la humedad de mi interior mientras lo exploro con la yema de mis dedos. Mi dedo pulgar rozando mi clítoris sin compasión. Presionándolo más y más fuerte cada vez.

Doblo los dedos para buscar mi punto de máximo placer. Noto su superficie esponjosa. Lo acaricio, lo presiono. Pequeños gemidos. Mi respiración entrecortada buscando aire. Mis ojos cerrados. Mi mente imaginando a Sonsoles. Los dedos de mis pies curvados por la presión que se va formando en mi interior. Mi espalda se arquea mientras se me escapa un gemido mucho más fuerte al llegar al orgasmo.

Instintivamente abro los ojos y miro a Alberto. Duerme hacia el otro lado y no se ha enterado de nada. Me quedo relajada sobre la cama. Pensando en mi preciosa Sonsoles. La imagino tumbada a mi lado. Sonriéndome. Acariciando mi pelo y cubriéndome de suaves besos como hace cada vez que hacemos el amor juntas. Siento sus abrazos, aunque ella esté muy lejos de aquí.



Una proposición arriesgada

Ya esperaba la pregunta de Sonsoles al llegar a la oficina.

—¿Qué tal fue la cosa?

—Nada.

—¿Cómo que nada, Lucía?

—No, nada. Llegó con dos amigos a ver un partido de fútbol en la tele y no puede hablar con él.

—¿Y tras el partido?

—Se durmió pronto. Entre las cervezas, el cansancio, ya sabes.

—Y que tú tampoco tenías muchas ganas de hablar, supongo.

—No, tampoco, Sonsoles. No tenía ni gota de ganas de hablar después de que se presentase en casa con dos amigos a ver el partido. Pero estaba convencida a hacerlo y si no llega a ser por eso se lo habría dicho. Lo tenía bien repasado en mi mente.

—Pues qué quieres que te diga, nena. Ya sabes lo que tienes que hacer. No me voy a poner en plan pesada y repetírtelo todos los días.

—Pero tuve otra idea. Luego te cuento que ahora tendremos que empezar a trabajar.

La mañana en la oficina estuvo llena de miradas furtivas a Sonsoles, inocentes roces que no eran tan inocentes, aunque espero que lo pareciesen, sonrisas pícaras, alguna escapada a toda prisa al baño a darnos un beso.

Yo no sé Sonsoles, pero para mí va a ser muy difícil trabajar así. Supongo que en cuanto venga el resto de gente del departamento nos tendremos que controlar mucho más, pero así no puedo.

Nos avisan de que Carlos y Óscar vendrán el viernes, así que el ritmo de trabajo se va a incrementar bastante. Con Carlos en la oficina no hay descanso.

A media mañana me da un vuelco el corazón. La empresa rusa a la que atendí en nuestro stand de la feria de Hanover la semana pasada ha confirmado una reunión en Moscú para dentro de dos semanas y tengo que ir al ser la única de la empresa que habla ruso.

Queda todavía por confirmar quién me acompañará. Espero con todo mi corazón que no sea el idiota de Óscar. En mi interior anhelo que sea Sonsoles, aunque supongo que enviarán conmigo a alguien con más experiencia.

En la breve pausa que hacemos para comer me reúno con Sonsoles en su mesa habitual de la terraza de la azotea. Miro nerviosa alrededor, está abarrotado de gente y sé que Sonsoles es mucho menos recatada que yo a la hora de hablar de las cosas más íntimas. No quiero que nadie escuche lo que le tengo que decir porque ni yo misma me atrevo a decírselo.

Cuando el camarero nos deja la comida en la mesa, Sonsoles clava en mí sus ojitos con mirada inquisitiva. Sus pequeñas manos jugando como siempre con cualquier cosa que encuentre sobre la mesa.

—¿Qué querías contarme?

Susurrando y mirando nerviosa hacia los lados me acerco a Sonsoles que me mira con cara de sorpresa.

—¿Qué te parece si le pongo un poco de picante a la relación con Alberto para intentar revitalizarla un poco?

Sonsoles sonrío, pero es una sonrisa un poco forzada. Al terminar la frase me doy cuenta de que quizá esperase que tomase de una vez por todas la determinación de salir con ella abiertamente. No sé cómo me aguanta porque en el fondo es un poco cierto que la tengo de amiga con derecho y para llorar en su hombro.

Es superior a mis fuerzas. Me gustaría dar ese paso. Estoy convencida de que es mi alma gemela. Alguien que me quiere, me entiende, me respeta, me defendería con su vida si fuese necesario. Y yo no me atrevo a dar el paso. Me destroza por dentro y sé que debajo de su dulce sonrisa a ella también.

—¿Qué tienes pensado para ponerle un poco de picante?

Vuelvo a acercarme, nerviosa, susurrando y mirando a los lados.

—Un trío.

Sonsoles ríe con fuerza llevándose las manos a la cabeza.

—Perdona, perdona. ¿Tú quién eres y qué has hecho con Lucía?

—No te burles, Sonsoles, que te lo digo en serio.

—¿Pero te estás escuchando? No te ofendas, pero Alberto parece sacado de los años sesenta del siglo pasado, y le quieres proponer que haga un trío. Bueno, cuenta, cuenta. Dame detalles. Pillina, ¿te gusta algún amigo de él o tienes pensado otra persona?

—Tú

—Yo no hago tríos.

Su cara se ha puesto muy seria de repente. De las veces que más seria la he visto. Me asusta un poco. Creo que he tocado algún punto sensible.

—Perdona, Sonsoles. No pensé que te lo ibas a tomar mal. Siempre eres muy abierta para todo y no se me ocurría nadie mejor para lanzar a Alberto que tú.

—Vamos a ver, Lucía. Que no me acuesto con tíos, eso lo primero. Y luego yo en qué posición quedo, como vuestra peli porno particular. Os pongo calientes y ya seguís vosotros, ¿o cómo tienes pensado que vaya la cosa?

—Joder, Sonsoles. No tengo pensado un guion. Nos liamos tú y yo, delante de él, no tiene que ser algo muy fuerte, solamente para que reaccione.

—Y cuando reaccione, si reacciona, ¿qué hago? ¿me voy?

—Si no reacciona con eso me largo contigo en ese momento.

—¿Y si lo hace?

—Tú sigues conmigo, no hace falta que hagas nada con él. Ya le diré que él no puede tocarte, solamente a mí. ¿Cómo lo ves? ¿Muy mal?

—A ver, Lucía. Los tríos son un tema muy complicado. Pueden salir muy bien, pero es muy fácil que una de las personas quede desplazada y se sienta muy mal. Y en este caso esa persona soy yo. Y encima me lo estás diciendo abiertamente a la cara que yo os enciendo y ya seguís vosotros dos.

—No lo sé Sonsoles. Había pensado que podría funcionar. Teóricamente es la fantasía universal de casi todos los hombres ¿no? Pensé que podría ser una buena manera para que Alberto reaccionase y salir de la rutina. Salvar nuestra relación.

—Es que parece que es tu fantasía, Lucía.

Joder, no lo había pensado, pero creo que mi subconsciente me ha traicionado, pero bien. Efectivamente, para mí es una fantasía. Supongo que para Alberto también lo sería. Pero para mí seguro. Solamente un trío con Carlos y Sonsoles lo superaría.

—Vale, hacemos una cosa. Como estoy casi convencida de que no va a cambiar nada entre vosotros, voy a aceptar, pero me tienes que poner las reglas claras antes. No quiero movidas raras en plena fiesta.

—Reglas lo que a ti te apetezca en cada momento. Para cuando quieras y haces lo que quieras, como si se queda todo solamente en un beso entre nosotras. Tú pones las reglas.

—Y si no cambia nada entre vosotros, ¿le dejas y te vienes a vivir conmigo?

—Sí, ya te lo he dicho. Si con eso no empieza a salir de la rutina, me voy. Última oportunidad.

—Bien, reto aceptado Lucía. Me voy a arrepentir un montón, casi seguro, pero vale. ¿No vas a estar celosa en esos momentos?

—¿Por qué? ¿Sólo porque estés mucho más buena que yo y porque seas una especie de diosa del sexo?

—En serio.

—No, confío plenamente en ti. No te gustan los tíos y sé que nunca le quitarías el novio a una amiga. Si acabáis haciendo algo no sé cómo reaccionaría, pero si en ese momento surge, tú sigue, sin miedo.

—Te doy una última oportunidad para que recapacites, Lucía. Tiene muchas más posibilidades de acabar mal que de acabar bien. En el momento de calentón quizá te va a funcionar, pero luego no. Ya te lo digo por adelantado.

—Quiero intentarlo, Sonsoles. Hazme ese favor.

—Vale, pero tú verás. Estás avisada.

Tras la comida mi cabeza no para de dar vueltas. Menudo lio en el que me estoy metiendo. Creo que Sonsoles tiene razón, me excita solamente la idea de pensar en hacerlo con Sonsoles delante de Alberto. Ver su cara de sorpresa. Excitarle y que luego él se una a nosotras.

Creo que en el fondo incluso me gustaría ver a Alberto hacer algo con Sonsoles. Es perfecta. Con ese cuerpecito, sus ojos dulces, la trenza rubia sobre su piel dorada. No hay quien se concentre de esta manera.



No todo sale como esperabas

En un momento de arrebató decido llamar a Alberto y hacerlo hoy mismo. De algún modo es como si quisiera acabar con ello cuanto antes, para bien o para mal.

Una cosa es pensar sobre ello, incluso hablar sobre ello con Sonsoles y otra muy distinta hacerlo. Estoy aterrada. Mis manos tiemblan mientras llamo a Alberto y le digo que vaya directo a casa que le tengo preparada una sorpresa.

Madre mía, no sé lo que estoy haciendo. La tarde de hoy totalmente improductiva. Me acabarán echando de la empresa como siga así. A ver en qué acaba todo esto porque cada vez estoy menos segura.

La última media hora de trabajo se me está haciendo eterna. Miro a Sonsoles constantemente, me levanto por cualquier excusa. Entro en pánico. Sonsoles me dedica alguna sonrisa, pero creo que ella también está bastante tensa.

¡Menudo lío en el que estoy metiendo a la pobre Sonsoles! Me entran más y más dudas sobre si debo seguir adelante. ¿Y si todo sale mal? ¿Y si hago daño a Sonsoles? Aún más daño.

A las cinco en punto apago el ordenador y me acerco a su mesa.

—¿Estás lista?

—¿Tú?

—No, pero ahora no puedo echarme atrás. Quiero seguir y que salga todo por donde tenga que salir. Creo que estoy cometiendo una locura, Sonsoles.

—Yo también lo creo, nena.

Nos acercamos a mi casa en el coche de Sonsoles. Casi no hablamos. Tengo un nudo en la garganta que me está matando. Incluso Sonsoles, normalmente muy habladora, conduce callada la mayor parte del trayecto.

Al llegar a mi apartamento se lo enseño, más que nada para matar el tiempo y hacer algo la media hora que nos queda hasta que Alberto llegue a casa. Adecantamos un poco el dormitorio y el salón y elegimos un poco de música romántica.

Sonsoles se acerca y agarra mis manos. Su mirada vuelve a ser dulce, como sabiendo por lo que estoy pasando en estos momentos y queriendo darme ánimos.

—¿Quieres tener alguna palabra de seguridad?

—No te entiendo, Sonsoles.

—En plan si pasa algo con lo que no te sientas cómoda, decir una palabra para que pare.

—No tranquila.

—Por cierto, Lucía, me podías haber dicho que lo planeabas para hoy y habría traído lencería sexy.

—Yo tampoco llevo nada especial.

—Pues deberías.

—¿Cómo lo quieres organizar?

—No lo había pensado. Quizá tú esperas en la habitación. Yo recibo a Alberto en el salón, le digo que se siente, entras, me besas y vamos improvisando.

—Tiene su morbo. Te vas a arrepentir, pero tiene su morbo.

Cuando por fin llega Alberto sobre las seis de la tarde Sonsoles se mete en la habitación tal y como habíamos planeado y yo le recibo poniendo toda la picardía de la que soy capaz.

Coloco las manos en su cintura y le beso, pero no parece demasiado entusiasmado.

—¿Te pasa algo amor?

—Solamente estoy cansado Lu. Tengo ganas de sentarme en el sofá y ver la tele un poco.

—Pues yo tenía una sorpresa para ti...

—Mejor otro día. Sólo tengo ganas de tirarme en el sofá y no hacer nada.

¡Qué mierda! Otro día no puede ser. Tengo a la pobre Sonsoles esperando en la habitación. Después de que la metí en esto casi a punta de pistola no podemos parar. Hago algunos intentos más besándole el cuello y acariciando su pecho, pero todo es en vano. Ya se ha sentado en el sofá y puesto la tele.

Tras la puerta de la habitación veo a Sonsoles haciendo gestos como diciendo que no se lo puede creer. En estos momentos no tengo ni idea de cómo seguir. No sé si es mejor abandonar toda esperanza, dejarlo para otro día, intentar algo radical. Ni idea. ¡Menuda decepción!

Sonsoles decide tomar cartas en el asunto y sale de la habitación en ropa interior. Casi se me para el corazón al verla. Se me acaba de hacer un nudo en el estómago que no me deja ni respirar.

No sé cómo va a reaccionar Alberto a esto. Me parece que me voy a arrepentir y mucho. Era mejor haberlo hablado antes. Hablar de lo que estamos pasando, del camino que está tomando nuestra relación. En cambio, la sorpresa va a ser mayúscula y veremos en qué acaba todo.

Con su desparpajo habitual Sonsoles se acerca a mí, retira el pelo de mi cuello y me besa en la boca. Estoy tan nerviosa que apenas soy capaz de abrir la boca y devolverle el beso. Solamente puedo mirar a Alberto mientras Sonsoles sigue intentando excitarme un poco.

Alberto nos mira con cara de no entender nada, lleno de asombro, pero no dice ni palabra. El nudo en mi estómago se hace más y más grande y desearía que la tierra me tragase en estos momentos o mejor tener una máquina del tiempo para volver atrás y evitar esta estupidez.

Si por lo menos Sonsoles hubiese salido vestida, pues bueno, era un beso y quizá tendría solución, pero prefiero no saber lo que debe estar pensando Alberto en estos momentos al ver salir a una chicha preciosa de nuestra habitación en ropa interior que se acerca a mí y empieza a besarme sin pudor alguno.

Sonsoles se da cuenta de que yo estoy petrificada y retirando su boca de la mía me mira a los ojos. Una mirada que lo dice todo. Por si acaso no me quedaba claro, se acerca a mi oído y me susurra lo que no quiero escuchar.

—Ahora ya no hay vuelta atrás Lucía. O te metes en faena o no le vas a calentar en la vida y va a ser mucho peor. En estos momentos sólo puedes seguir hacia delante, así que espabila.

Me mira de nuevo arqueando las cejas como diciendo “tú misma”.

Sigo paralizada, un nuevo intento de Sonsoles de besarme en la boca vuelve a encontrarse con mi resistencia. Mi cabeza da vueltas sin parar procesando toda la información. Imaginando lo que puede estar pensando Alberto de mí, nada bueno seguro. Imaginando la pasión que hubo en cada beso que he dado a Sonsoles y que ahora no puedo repetir. Maldiciendo la hora en la que se me ocurrió esta estupidez.

Es que ¿a qué imbécil se le ocurre una cosa así en vez de hablarlo como personas normales? Sólo a mí. Menudo lío en el que estoy metida y en que he metido a Sonsoles.

Enfrascada en mis pensamientos apenas me doy cuenta de que las hábiles manos de Sonsoles me han dejado sin la blusa y buscan con avidez el gancho de mi sujetador para liberarme de él. La pobre está tan desconcertada como Alberto. Yo me he quedado literalmente de piedra y no estoy colaborando en absoluto con nuestro plan inicial. Alberto sigue mirándonos sin decir nada. Sólo

mirando, pero no parece estar disfrutando para nada del espectáculo.

Y ¡menudo espectáculo que le estoy dando! Ver a su novia petrificada, muerta de miedo, sin reaccionar, mientras es desnudada por una preciosa rubia delante de él. No es justo ni para él ni para Sonsoles. Ojalá pudiese volver atrás.

El roce de los pequeños pechos de Sonsoles sobre los míos me devuelve momentáneamente a la realidad. Al menos mis pezones reaccionan y siento cómo se ponen duros al notar el suave roce con Sonsoles.

Intenta besarme de nuevo y al menos esta vez abro la boca, aunque soy incapaz de devolverle el beso como es debido. Pobre Sonsoles lo mal que lo debe estar pasando en estos momentos y pobre Alberto mirándonos sin entender nada de nada.

Sonsoles se quita el tanga despacio e inclinándose hacia delante, con las piernas ligeramente abiertas ofrece a Alberto una perfecta visión de su vagina desde atrás. Los ojos de Alberto reaccionan y se clavan en su precioso culo, pero no parece tener mucho más resultado que una mirada, pronto vuelven a su incredulidad.

Sin poder evitarlo dedico una mirada a sus pantalones. Ni siquiera ha tenido una erección. ¡Qué desastre de día!

Sonsoles me deja totalmente desnuda y en vistas de que sigo sin reaccionar me sienta en el sofá que hace ángulo recto con el que usa Alberto para ver la televisión. Se sienta a mi lado y abre las piernas ofreciendo a mi novio una excelente vista. Pasa su pierna derecha sobre la mía y me empuja con ella incitándome a abrir yo también las piernas y ofrecerle una visión de mi sexo a Alberto.

Sigo paralizada, ni siquiera el hecho de tener a Sonsoles a mi lado empezando a masturbarse consigue que salga de mi trance. Noto un codazo y con su mirada me dice que lo haga yo también. Paso mi dedo índice por mis labios pero no hay ni rastro de excitación. En condiciones normales, con Sonsoles desnuda a mi lado, estaría completamente empapada y abierta, pero hoy no hay rastro de ello.

Solamente puedo mirar a Alberto que ha decidido ignorarnos y centrarse en la televisión. Tiene que estar muy cabreado conmigo porque ver a Sonsoles masturbándose desnuda es más que suficiente para excitar a cualquier persona, hombre o mujer. En cambio, él prefiere mirar la televisión.

Sonsoles me mira y menea la cabeza como indicándome que no llevamos buen camino. No hace falta que me lo diga. Ya no sé ni lo que siento. Una vergüenza terrible por lo que acabo de hacer. Rabia, decepción.

Acercando su mano a mi vulva, Sonsoles pasa su dedo medio por mis labios. Su mirada lo dice todo. Nota claramente que no estoy en lo que tengo que estar. Mi cuerpo puede estar aquí, sentado en este sofá, desnudo junto a ella, pero mi mente no para de dar vueltas y de pensar en las implicaciones de esta estúpida decisión. Noto la preocupación en sus ojos.

Mi sorpresa es mayúscula cuando veo que Sonsoles se levanta del sofá y se arrodilla frente a Alberto. ¿Qué coño hace? Mirándole a los ojos empieza a acariciar sus piernas por encima del pantalón. No sé quién tiene mayor sorpresa en este momento, si Alberto o yo misma.

Instintivamente me levanto yo también y me coloco a su lado. Dedicándome una dulce mirada me da un nuevo beso en la boca, esta vez soy capaz de devolvérselo. Alberto nos mira sin moverse. Sin decir palabra. Trato de imaginar lo que estará pensando en estos momentos.

Las manos de Sonsoles se acercan peligrosamente al cinturón de Alberto y empiezan a desabrocharlo. No puedo evitar llevar las mías al mismo sitio, retirar las de Sonsoles y desabrochar el cinturón y el botón de sus pantalones, bajando la cremallera.

Sonsoles asiente con la cabeza y me dedica un nuevo beso quiñándome un ojo. Le devuelvo el beso mirando a Alberto. Sus ojos clavados en nosotras dos, aunque su mirada ya no está tan ausente. Ahora puedo detectar un atisbo de excitación en sus ojos.

La mano de Sonsoles entra en los pantalones de Alberto y saca su pene. Ahora soy yo la que estoy completamente sorprendida. Pensé que Sonsoles no iba a hacer nada y ver cómo saca con su mano el pene de mi novio me produce unos sentimientos algo encontrados. Por un lado me excita, ya noto cómo mi sexo se va humedeciendo a medida que el pene de Alberto va creciendo entre sus manos.

Sonsoles me dedica una mirada pícara y luego vuelve a mirar a los ojos a Alberto. Él no dice nada, pero imagino lo que estará pensando al ver a esa preciosidad mirándole los ojos y acariciando su pene entre sus manos.

Con su delicadeza habitual baja lentamente el prepucio de Alberto dejando al descubierto su glande. Pasa las yemas de sus dedos sobre él. Alberto lanza un gemido. A Sonsoles se le escapa una sonrisa como diciendo “¡sorpresa, está vivo!”

Sigue acariciando con suavidad el pene de Alberto logrando su erección. Sus dulces ojitos color avellana clavados en él que ya empieza a disfrutar claramente de las manos de Sonsoles.

No sé muy bien qué hacer. Recuerdo las palabras de Sonsoles avisándome de que en un trío alguien puede quedar desplazado. Ese alguien no quiero ser yo, pero en este momento lo soy.

Mientras Sonsoles sigue con su labor, sin prisas, acariciando el glande de Alberto con la yema de sus dedos, subiendo y bajando el prepucio lentamente, aprovecho para quitarle los pantalones y los boxer y dejarle totalmente desnudo de cintura para abajo.

Alberto lanza un fuerte suspiro al sentir a Sonsoles soplar sobre su glande. Su espalda se arquea cuando la punta de la lengua de Sonsoles pasa por él casi sin tocarlo. Le acaricia su pelo rubio. Sigue gimiendo mientras Sonsoles introduce su pene en la boca y empieza a chuparlo muy lentamente.

No sé qué hacer, simplemente les miro. Es tremendamente excitante. Sólo mirar los ojos de Sonsoles mientras pasa su lengua por ese pene podría derretir a cualquiera. Alberto está disfrutando claramente. Pero siento celos. El problema es que no sé si son celos por Alberto o por Sonsoles. O por los dos.

Es una sensación muy extraña estar ahí, desnuda, de rodillas junto a Sonsoles mientras le está dando a mi novio la mejor mamada que le han dado nunca. Solamente puedo mirar y acariciar el pubis de Alberto. Un Alberto al que con Sonsoles parecen haberse ido las prisas.

Sonsoles se da cuenta y me pasa el pene guiñando un ojo y sonriendo.

—Te toca.

Le devuelvo la sonrisa y beso el pene de mi novio como si me fuese la vida en ello. Sonsoles se coloca detrás de mí y besa mi cuello al tiempo que acaricia mis pechos. Mis pezones se endurecen al sentir sus dedos.

Los primeros gemidos se escapan de mi boca y se entremezclan con los de Alberto. Ella suspira a mi oído mientras introduce dos dedos dentro de mi vagina que se encuentra ya totalmente mojada.

Es un cúmulo de sensaciones increíble. Los sonidos de mi boca sobre el pene de Alberto, nuestros gemidos, el sonido de los dedos de Sonsoles entrando y saliendo de mi vagina, el placer que me está provocando, sus besos en mi oído escuchando su respiración entrecortada, sintiendo su aliento sobre mi cuello.

Alberto empieza a excitarse mucho más, presiona con su cintura para que introduzca su pene más adentro, gime con más fuerza, alarga su brazo derecho para acariciar los pechos de Sonsoles.

Está increíblemente excitado. Sólo espero que dure un poco más, porque ahora mismo estoy disfrutando de lo lindo colocada entre mi novio y la persona que mejor sabe hacer que disfrute.

Sé que con Sonsoles masturbándome llegaré seguro al orgasmo. No sé cómo lo hace, pero siempre lo consigue, pero quiero tenerlo antes de que Alberto lo tenga.

Sonsoles se levanta y de la mano nos conduce a la habitación. Me tumba con delicadeza sobre la cama y le hace un gesto a Alberto indicándole que lo que necesito en estos momentos es hacer el amor.

Cada vez estoy más loca con esta mujer. Ha sabido encender la pasión de Alberto y retirarse justo a tiempo para que fuese yo la protagonista. Podría haberme eclipsado sin problema. Podía haberse dedicado a mí y haber dejado fuera a Alberto. Pero lo ha hecho todo perfecto y en su justa medida.

Alberto se tumba sobre mí, apoyado sobre sus brazos e introduce su pene con fuerza. El contraste entre la ternura de Sonsoles, sentada a mi lado, acariciando mi pelo y mirándome mientras hago el amor y Alberto empujando con fuerza su pene en mi interior es muy intenso. Me vuelve loca.

Lástima que no dure mucho, tras unos cuantos empujones, con un fuerte gemido noto el semen caliente de Alberto dispararse en mi interior mucho antes de que pudiese acercarme a mi climax.

Sonsoles sigue acariciando mi pelo y me dedica un tierno beso en la frente consciente de que necesito mucho más tiempo, mucha más atención.

Mientras se limpia, Alberto nos mira. La incredulidad vuelve a sus ojos.

—No sé a qué viene este numerito que te has montado, Lucía. Supongo que me lo explicarás.

Joder, esto es justo lo que no necesito en estos momentos. ¿No puede dejarme disfrutar un poco?

—A mí me pareció que te lo has pasado bastante bien ¿no? No deberías tener queja.

—Es que no sé qué pensar, Lu. No sé en qué momento se te ocurre traer a una prostituta a nuestra casa para hacer un trío. ¿En qué estabas pensando? ¿Qué significa todo esto? ¿No estás contenta con nuestra vida sexual? ¿Querías experimentar? Explícamelo por favor, porque no entiendo nada. Al menos me podrías haber consultado.

—Bueno, bueno, yo me voy y os dejo solos, tortolitos. Lucía, ya te pasaré la factura de los servicios sexuales que no van a ser baratos.

Sonsoles intenta quitarle hierro a la situación y hacer que me relaje un poco, pero no hay solución.

Los ojos se me llenan de lágrimas. No sé cómo reaccionar. Pensé que estaba funcionando y ha salido todo mal. Me quedo petrificada, llorando, buscando con los ojos la protección de Sonsoles. Suplicando en mi interior que no se vaya.

Ella se da cuenta y da la vuelta.

—¡Tú eres gilipollas tío! No tienes ni idea de la suerte que tienes por estar con alguien como Lucía. ¡Imbécil!

Alberto la mira sin saber muy bien cómo reaccionar. Yo tampoco.

—Sonsoles por favor...

—Ni por favor ni leches, Lucía. Tu novio es idiota. Después de todo lo que haces por él.

Ver salir a la Sonsoles guerrera me devuelve el valor. Sigue sorprendiéndome lo intimidatoria que puede llegar a ser cuando se enfada. Nadie lo pensaría con esa dulzura en el rostro y ese pequeño cuerpecito de adolescente.

—Alberto, ya te vas disculpando con Sonsoles. Fue idea mía y ella vino para ayudar. Es una compañera del trabajo. No tienes ningún derecho a llamarla lo que le has llamado. Te has portado

como un idiota.

Mis gritos deben estar escuchándose en todo el vecindario, porque Sonsoles se acerca a mí y agarrándome por la cintura me estrecha entre sus brazos para calmarme.

—¿Vosotras dos os estáis enrollando o algo? ¿Me pones los cuernos con una tía? ¿Desde cuándo Lucía?

—Alberto, solamente quise poner un poco de picante en nuestra relación. Parecemos dos viejos.

—Pues lo hablas, Lucía, lo hablas. No me montes un numerito erótico. Y no me vengas con cuentos que se nota que entre vosotras dos hay algo.

Puedo ver la tensión en los ojos de Sonsoles. Se muere de ganas de contárselo todo y encima darle un tortazo. Se está conteniendo por mí.

—Te he dicho que lo siento, Alberto. Me equivoqué ¿vale? Se te veía muy contento cuando ella te la chupaba, así que no estás para hablar.

Vuelvo a gritarle con cara de odio, mientras Sonsoles intenta calmarme.

—Me voy, Alberto. En estos momentos no quiero estar contigo. Ya hablaremos cuando los dos estemos más calmados. Tienes razón en que teníamos que haber hablado antes. De muchas cosas.

—¿Cómo que te vas? ¿Dónde?

—Hoy pasará la noche en casa de Sonsoles, quizá unos días y ya hablamos cuando nos calmemos, ahora nos vamos a hacer mucho daño si seguimos así.

Me doy cuenta de que ni siquiera le he preguntado a Sonsoles si me puedo quedar con ella, pero en estos momentos no puedo ni pensar con claridad. Meto en una pequeña bolsa algo de ropa para mañana y me dirijo con Sonsoles hacia la puerta.

—Si sales por esa puerta no quiero volver a verte, Lucía.

Mis ojos vuelven a llenarse de lágrimas. Siento los labios de Sonsoles en mi mejilla y su mano en mi hombro intentando consolarme. Ya no me quedan dudas, ya no hay vuelta atrás con Alberto.



Decisiones de pareja

Hago en silencio todo el trayecto desde mi casa hasta el apartamento de Sonsoles. Llorando sin parar. Maldiciendo la hora en la que se me ocurrió montar el numerito que le preparé al pobre Alberto. ¡Menuda idea brillante! Tenía que haber hablado con él con calma.

No creo que nuestra situación sentimental tuviese mucha solución, pero por lo menos no habría acabado así la cosa. Fue todo demasiado radical. Se me fue la mano, y mira que estaba avisada.

—Sonsoles, ¿puedo quedarme unos días hasta que encuentre piso?

—Ya sabes que sí, tonta. Quédate todo el tiempo que quieras. De hecho, me gustaría que te quedases conmigo mucho tiempo.

Sonsoles vive en un estudio muy acogedor en el centro de Madrid. Es bastante pequeño, creo que me dijo que cuarenta metros cuadrados, sin contar una pequeña terraza. Para ella ideal. Una habitación, salón y cocina americana pegada al salón. Desde el único dormitorio de la casa se accede a una terracita con una pequeña mesa y dos sillas.

—Supongo que a estas alturas no te importará compartir cama ¿no?

—Estaré encantada, pero hoy no tengo el cuerpo para nada, de verdad.

Se me vuelven a escapar más lágrimas. Seis años viviendo juntos son muchos años y no fue una buena forma de acabar. No se lo merece. Siempre me trató bien y me quiso mucho.

Tiene sus fallos, es celoso y no escucha, algo machista, nuestra vida es rutinaria, pero en el fondo no se merece que nuestra relación se acabe de esta manera.

Al verme llorar Sonsoles se acerca a mí. Las dos nos sentamos en el sofá del salón y me tumbo apoyando la cabeza en sus piernas. Sus manos juegan con mi pelo como tantas otras veces. Producen un efecto en mí maravilloso, siempre consiguen calmarme un poco.

—No me digas que ya me habías avisado, por favor.

—No te lo voy a decir, bastante tienes ya.

Miro a Sonsoles y sus ojitos dulces reflejan tristeza. Se han llenado de lágrimas. Me rompe el corazón verla llorar.

—Estás llorando. Con que lloremos una ya nos vale ¿no crees?

—Ya te dije la semana pasada que ibas a sufrir con esta situación amorosa que te estabas montando y no quería estar ahí para verte sufrir. La culpa fue mía, no tenía que haber aceptado y mucho menos haberme lanzado.

—No fue culpa tuya, Sonsoles. Trataste de disuadirme. Me habías dicho que lo normal es que no funcionase, que hablase con él. Y mira ahora la situación que tengo. Pobre Alberto.

—¿Qué vas a hacer con él?

—Le llamaré para pedirle disculpas, pero lo nuestro se acabó. No podía funcionar. Ya casi no quedaba chispa, no nos quedaba pasión. No tenía que haber acabado así, pero tiene que acabar. Tengo veintinueve años, no puedo vivir en una farsa.

—¿Y con tu vida amorosa en general? Porque mañana llega Carlos a la oficina.

—Que no, para nada. Carlos es historia.

—Bueno, por lo menos si es eso verdad tu situación amorosa se simplifica un montón. Me alegro. ¿Qué te parece si cenamos algo rápido y nos vamos a dormir?

Picamos algo de lo que Sonsoles tenía por casa, en silencio, casi sin hablar. Cada una con sus pensamientos. Siento un desgarró en mi interior, quizá dentro de unos meses estaré muchísimo mejor de lo que estaba con Alberto, pero en estos momentos siento vacío, como si me faltase algo. Culpa. Rabia.

Al despertarme al día siguiente Sonsoles me ha preparado el desayuno, con café fuerte como a mí me gusta. Me levanto con ojeras, no he pasado buena noche, en cambio ella está radiante, recién duchada.

—Tenías que haberme despertado antes, te hubiese ayudado con el desayuno.

—Me daba pena despertarte. Has estado muy inquieta toda la noche, sin parar de dar vueltas y ahora por lo menos dormías plácidamente, así que te dejé dormir un poco más.

—Gracias amor. Voy a darme una ducha y salimos ¿vale?

—No sé si podré resistirme...

El baño del estudio de Sonsoles es minúsculo. Aunque quisiéramos, difícilmente podríamos caber las dos en la ducha con comodidad, pero a efectos prácticos, debe ser una casa muy fácil de mantener en orden y para una persona es del tamaño ideal y en el centro de Madrid, donde los alquileres para algo más grande son prohibitivos. Incluso este estudio debe costar lo suyo de alquiler cada mes.

La ducha de agua casi hirviendo me hace bien. Pone mi cuerpo en funcionamiento y me ayuda a concentrarme. Hoy tengo que ponerme en serio en el trabajo porque llevo un par de días remoloneando con la cabeza en otro sitio, o más bien en otras personas.

Me da miedo ver a Carlos. Al volver de Hanover ni siquiera llegamos a hablar. Veníamos todo el departamento juntos, así que lo pude evitar bastante bien, pero en la oficina va a ser diferente. Estamos condenados a encontrarnos constantemente. Menos mal que Sonsoles estará allí también de apoyo moral. A veces, solamente una mirada te da la fuerza y confianza que necesitas.

Mientras me ducho doy vueltas a la oferta que me hizo ayer Sonsoles de quedarme a vivir con ella. Es la persona que mejor me entiende. En muy poco tiempo se ha convertido en mi mejor amiga. Alguien en quien puedo confiar plenamente. Tiene todas las cualidades que buscaría en una pareja. Es generosa, valiente, tierna, me cuida, sé que jamás me haría daño y el sexo con ella es como los fuegos artificiales.

Pero todavía no me siento con fuerzas de tener una relación seria con ella. Para decir la verdad, en estos momentos no me siento con fuerzas para iniciar ninguna relación seria. Punto.

Supongo que el tiempo irá curando las heridas poco a poco y volveré a estar preparada. Pero no ahora.

Decido comentárselo en el coche en el trayecto hacia el trabajo.

—No pasa nada, Lucía. Es algo natural. En estos momentos no estás para relaciones serias, ya lo entiendo, tranquila. Además, lo de aceptar públicamente que tienes una relación de pareja con una mujer no es nada fácil. Hay todavía mucha incomprensión. Conozco a unas cuantas mujeres que viven en pareja y nadie lo sabe, lo disimulan como amigas. Por mi parte, tranquila. Al menos durante un tiempo. Luego ya hablaremos, porque tampoco puedo esperar toda la vida a que te decidas.

—Gracias amor, eres un cielo de mujer. Te quiero un montón, ya lo sabes. Eres muy buena conmigo.

—Solamente te pido que seas muy clara conmigo, Lucía. Yo estoy dispuesta a entrar en ese juego tuyo de amigas fuera y pareja dentro de casa durante un tiempo, pero también te conozco y sé lo enamoradiza que puedes llegar a ser. La más mínima duda, el más mínimo problema, si te vuelves a quedar colada por Carlos o quien sea, tengo que saberlo.

—No sabía que fueses celosa.

—No son celos, pero quiero saberlo. No quiero que me engañes. He vivido una relación abierta con mi anterior pareja y fue muy bien hasta que quiso meterse en cosas algo más fuertes para las que yo no estaba preparada. Pero no nos engañábamos. Si quieres eso, no hay problema. Yo te lo contaré todo y tú a mí también.

—No sé si estoy lista para eso. Ahora mismo no puedo pensar en parejas. Ya vamos viendo, ¿vale? Ah, y todos los gastos a medias que yo gasto mucho en agua caliente.



Carlos

Mi primera mirada furtiva a Sonsoles de la mañana la interrumpe el teléfono.

—Lucía, por favor, pasa por mi despacho.

¡Mierda! Estaba tan distraída que ni siquiera me di cuenta de quién estaba llamando. ¿Para qué querrá Carlos verme en su despacho nada más empezar la mañana? Pues sí que empieza fuerte. Como está en “modo estirado” ni buenos días ni nada, claro.

—Buenos días, Carlos. Estoy terminando un email urgente, ¿paso en unos minutos?

Realmente no estoy terminando nada urgente, pero me toca las narices ese aire de prepotencia que se gasta a veces. Con lo tierno que era en la intimidad en nuestro viaje a San Petesburgo cuando le conocí. ¡Qué decepción! ¡Cómo cambian algunas personas!

—No, ven ahora, ya terminarás eso más tarde.

Dado que no tengo mucha alternativa, no discuto, veo que Sonsoles me está lanzando una mirada entre curiosidad, diversión y preocupación.

Ni ella ni yo hemos hablado con Carlos desde la última noche de Hanover. Esa noche en la que me rompió el corazón y Sonsoles me lo tuvo que pegar como pudo. Esa noche en la que la realidad me dio un tortazo y me demostró que para Carlos no soy nadie especial sino una más en su colección. Esa noche en la que Sonsoles me demostró que para hacerme daño primero tienen que pasar por ella.

Pero fue Sonsoles quien se enfrentó a él esa noche, y de muy malas maneras. Espero que eso no lleve consecuencias.

—Hola Carlos, ¿qué tal el viaje esta semana?

—Bien, por favor Lucía, cierra la puerta.

Malo porque si me pide que cierre la puerta es porque no quiere que nadie nos escuche. Con la puerta cerrada ni se escucha ni se ve nada de lo que ocurre en ese despacho. Teóricamente es para proteger la confidencialidad de algunas conversaciones con clientes importantes, pero me imagino que Carlos le pueda haber dado otros usos alguna que otra vez.

—Lucía, lo de Hanover se nos fue un poco de las manos.

—¿Cómo que se nos fue de las manos, Carlos? Me partiste el corazón. No te puedes ni empezar a imaginar el daño que me has hecho. Me decías que yo era muy especial para ti, estaba coladita, me hacía ilusiones de que algún día nouviésemos que escondernos para estar juntos, y te acuestas con otra y encima luego me llamas para seguir la fiesta. Es que me parece increíble, Carlos. ¡Menuda cara que tienes!

—Lucía, tranquilízate. Estás hablando muy alto. Tienes que comprender que esa mujer no significaba nada. Era solamente una válvula de escape. Estoy en una situación de mucha tensión emocional. Tú eres diferente.

—Sí, ya, especial ¿no?

—Sí. Es cierto, Lucía. Sí que lo eres.

—Carlos, eres un egoísta. Solamente piensas en ti mismo. No piensas nunca en el daño que puedes hacer a los demás. Yo no estoy para andar dando consejos, pero no puedes ser así. Me has hecho un daño enorme.

—Lo siento mucho, Lucía. Espero que puedas perdonarme. No sé lo que estaba pensando. Pero

sigo sintiendo lo mismo por ti. No me gustaría perderte.

—Ya lo has hecho.

—Intentaré recuperarte entonces, pero de todos modos ahora mismo tenemos un potencial problema los dos. Tu amiga Sonsoles lo sabe todo por lo que pude comprender en nuestra conversación en Hanover donde solamente le faltó venir a mi habitación a pegarme un puñetazo.

No puedo evitar que se me escape una sonrisa al escuchar ese comentario. Sonsoles sería muy capaz de ir a pegarle si fuese necesario y no creo que todos los musculitos de gimnasio de Carlos pudiesen salvarle si Sonsoles está realmente cabreada.

—Como te iba diciendo, peque, ahora tenemos un problema los dos. Era nuestro secreto y ahora hay otra persona que lo sabe. Tú la conoces mejor, ¿se puede confiar en ella? Porque si se va de la lengua nos puede arruinar la vida a ambos con nuestras parejas.

—Carlos, lo primero, de momento preferiría que no me llamasen peque. Nuestra situación ha cambiado mucho. Lo segundo, yo ya no tengo pareja, lo he dejado con Alberto, en parte gracias a ti, deberías estar orgulloso. Y lo tercero, Sonsoles no tiene ningún interés en contar nada a nadie, así que puedes estar tranquilo que tu mujercita va a seguir sin saber nada de lo que haces cuando estás fuera de casa. Y sí, me puedo fiar de ella. Le confiaría mi vida si hiciese falta.

—Vaya, ¿cuándo lo has dejado con Alberto?

—No es asunto tuyo, Carlos. Está acabado y ya.

—Quiero recuperarte, Lucía. Soy consciente de que te he hecho mucho daño y lo siento. Por favor, dame otra oportunidad.

—Eres un egoísta. Sólo piensas en ti mismo. Los demás somos nada más que instrumentos para que te sientas mejor o para que avances más en tu carrera profesional. ¿No piensas en las otras personas? No tenemos ningún futuro juntos. ¿Necesitas algo más?

—No.

Me doy la vuelta con los ojos llenos de lágrimas. No pensé que me atrevería a decírselo todo así de golpe, y menos en su despacho. La verdad es que cuando me dijo lo de que era especial para él y que quería recuperarme volví a sentir algo. Si no llego a estar tan baja con el desastre de Alberto de ayer creo que hasta hubiese dudado.

No sé qué problema tengo con Carlos que consigue que baje las defensas por completo. Esa sonrisa y esa seguridad en sí mismo que tiene consiguen atraerme a pesar de que sé de sobra que no me conviene para nada.

Al salir veo a Sonsoles mirándome. Se muere de ganas de saber lo que ha pasado, y yo me muero de ganas de contárselo, pero no es plan irnos los dos a hablarlo ahora mismo. Habrá que disimular hasta la hora del café.

Whatsapp en el móvil. “No me va a despedir ¿no?” Miro a Sonsoles y está sonriendo así que el mensaje era más por romper la tensión que por preocupación.

Se maneja muy bien en las relaciones personales y sabe que ante un despido Carlos tiene mucho más que perder que ella. Sonsoles podría contar todo lo que pasó en Hanover y el matrimonio de Carlos y su carrera profesional se verían más que comprometidos.

El tiempo que resta hasta la hora del café se me hace eterno. Más miradas furtivas a Sonsoles, a veces encontrando sus ojos y su sonrisa con picardía, encuentros fortuitos, tensión.

Al llegar la hora del café subimos como cohetes al bar de la azotea, con ganas de ponernos al día.

—¡Cuenta, cuenta! ¿Qué te ha dicho? ¿Nos va a despedir a las dos o solamente a mí? Yo necesito saberlo con tiempo que me tengo que llevar mi planta y los vídeos porno que guardo en el cajón.

—¡Qué burra eres! Que no, Sonsoles, que no va a despedir a nadie, pero que no te vayas de la lengua.

—¿En serio te dijo eso?

—En serio.

—¡Qué imbécil!

—Ya.

—Bueno, ¿y qué más?

—Nada, las bobadas de siempre. Que lo sentía mucho, que era importante para él, que quería recuperarme, ya sabes.

—No habrás caído ¿no?

—Ni loca, y menos en estos momentos. Ahora tengo muy claro que es un egoísta, que solamente me estaba utilizando.

—Pues vaya coladita que estabas...

—Ya. Es que a veces soy muy tonta. Me enamoro de quien no debo y no hago caso a las personas que de verdad me quieren.

—Por lo menos te vas dando cuenta. Es un avance.

—Pues sí, gracias por ser tan buena conmigo y aguantarme tanto, Sonsoles.

—Oye, que yo sólo lo hago por el sexo...

—¡Qué tonta eres!

—Intenta no caer de nuevo con Carlos, ¿vale?

—Que no, que ni loca, de verdad, Sonsoles. Además, viviendo contigo va a ser más difícil que caiga.

—Bueno, yo sólo te lo digo. Vas a tener que verle a diario y seguro que hacéis algún viaje juntos, así que ojo. No te dejes convencer, que sé que esa sonrisita te sigue poniendo.

—Sí que me pone, sí. Pero me controlaré. No te preocupes. ¿Sabes qué? Me pones tú más, brujilla.

—Pues a mí me tienes en casa cuando quieras, y ahora lo de compartir cama, no sé. Ayer me tuve que contener porque lo estabas pasando muy mal, pero no te vas a librar tan fácilmente.

—¡Qué bruja! ¡Calla que me estás poniendo a cien!

—Siento haberme lanzado ayer con Alberto. Era para ver si despertaba un poco, pero creo que se me fue la mano.

—La mano y la boca. Todavía no me puedo creer que se la chupases. Pensé que no hacías esas cosas.

—Hacía mil años que no probaba, supongo que es como andar en bici, nunca se olvida.

—Joder, pues con la cara que estaba poniendo Alberto debiste acordarte muy rápido de cómo se hacía. ¿Te gustó?

—¿Estás celosa?

—No, solamente quiero saber si te gustó.

—Digamos que no me disgustó. Estaba muy excitada por la situación en general, pero porque estabas tú. No sabía por dónde acabaría la cosa, si seguiríamos tú y yo, si haría algo más con él una vez que se soltase un poco. Pero sí, tengo que reconocer que estaba muy excitada.

—Lo llevaste fenomenal. En cuanto Alberto se soltó me pasaste todo el protagonismo. Fue un gesto muy bonito. Gracias.

—Bueno, es tu novio, o lo era, no sé, porque ya es definitivo ¿no?

—Sí, sí, Alberto ya es historia. Como Carlos.

—Ya que sacas el tema, me hubiese gustado acabar las dos juntas una vez que tu novio terminó,

porque me temo que no es que te dejase a medias, es que no habías ni empezado.

—A mí también me hubiese gustado. Desde luego acabar como acabó no era lo que tenía en mente. Pero bueno. Tendré que ir olvidándome y pasar página supongo.

—Ya sabes que me tienes aquí para ayudarte, Lucía.

—Gracias. Contigo tengo una duda muy seria.

—¿Connmigo? Tú dirás.

—Te lo digo totalmente en serio, así que no te burles. No sé si me gustan las mujeres o me gustas tú, que coincide que eres una mujer. ¡Qué lio! Dicho así no sé si me estás entendiendo. Sonsoles, no te rías de mí, que te lo digo en serio.

—Que no me río mujer. Que te entiendo. Que no sabes si eres lesbiana, bueno, o bisexual más bien. No sabes si sentirías lo mismo por otra mujer que no fuese yo.

—Exacto. No sé si me atraes tanto sexualmente porque me atraes infinitamente como persona y entonces me da igual lo que tengas entre las piernas o si podría tener solamente atracción física por ti o por otra mujer, como me puede pasar con Carlos por ejemplo.

—Joder, ¡qué complicada eres, nena! ¿Por qué necesitas comerte el coco de esa manera?

—No lo sé. Quiero saber si soy bisexual o no. Eso es todo.

—¿Y tienes que ponerte una etiqueta sí o sí? ¿No te vale que yo te atraiga y punto? ¿Sin etiquetas? ¿Para qué quieres la etiqueta?

—Sí, me vale. Pero, Sonsoles, ¿crees que disfrutaría con otra mujer? Sólo quiero saber eso.

—¿Yo qué sé Lucía? No lo puedo saber. Prueba y decides.

—¿Te importaría?

—Joder, Lucía, de verdad no sé qué voy a hacer contigo. Ahora mismo no tenemos ninguna relación. Yo estoy dispuesta a tirarme a la piscina y probar a tener una relación seria de pareja y eso ya es mucho para mí. Mientras no tengamos nada serio puedes hacer lo que quieras. Tú verás. Si te vas a quedar más tranquila te presento a una para que pruebes y así te evitas el ligoteo.

—¿Lo harías?

—Joder, Lucía, ¿quieres de verdad? ¿Me lo estás diciendo en serio?

—Lo malo es que sí. Me gustaría probar. Solamente probar, de verdad. Una sola vez. Quiero saber si disfrutaría con otra mujer que no seas tú. Y lo del ligoteo me aterrera porque no sabría ni por dónde empezar a ligar con una mujer.

—Connmigo te salió bien.

—Más bien lo hiciste tú todo. Pero dime, ¿me ayudarías con eso en serio? Sólo una vez por probar.

—Joder, me voy a arrepentir eternamente como con lo del trío con tu novio. ¡Vaya cruz que tengo contigo, nena! Venga, te consigo una cita a ciegas para que pruebes, pero a partir de ahí olvídate. Te buscas tus parejas o te quedas connmigo.

—Gracias, amor.

—Me voy a arrepentir mucho.

El resto de la jornada laboral me la pasé dando vueltas a la cabeza. No es demasiado justo para Sonsoles haberle pedido eso. Ella me quiere, está deseando tener una relación de pareja connmigo, y le pido que me busque una cita para probar con otra mujer. ¡Soy imbécil!

Luego hablo de Carlos, pero he sido tan egoísta como él. Y lo malo es que estoy convencida de que Sonsoles es mi alma gemela, mi pareja ideal. ¿En qué momento se me ocurrió pedirle una cosa así?

Al llegar la hora de salida corro hasta la mesa de Sonsoles que está terminando un informe. Óscar y Javier me miran con cara de sorpresa ante la repentina carrera.

—Sonsoles. Olvídalo, fue una tontería. Lo siento. No sé ni cómo se me pasó por la cabeza, pero nada, olvidado.

—Tarde. Ya tienes tu cita a ciegas para esta noche.



Nuevas experiencias

Se me encoge el corazón solamente de pensar en lo que me espera. Estoy muerta de miedo. ¿En qué estaba pensando? Es que hay veces que soy tonta. Para el tema sentimental casi siempre.

¡Vaya desgracia que tengo con esto! Con lo racional que soy yo para otras cosas, para lo sentimental pierdo la cabeza por completo. Tengo miedo acabar quedándome sola como le pasó a mi madre. Acabar con alguien que no me conviene para nada a pesar de haber tenido oportunidades de estar con gente que me quería y me cuidaba. Y sufrir infinitamente como ella sufrió. No quiero pasar por sus momentos de ansiedad, por sus depresiones.

Por lo menos Sonsoles arregló lo de la cita a ciegas en su casa. Es un ambiente donde me sentiré mucho más segura y estaremos libres de alguna mirada indiscreta.

—¿Lista para tu cita a ciegas?

—No. Estoy muerta de miedo, Sonsoles. ¿No se puede anular?

—Pues no, ya no hay vuelta atrás. Te está esperando en la habitación.

—De verdad no podemos cancelarlo?

—Es una cita. No se cancela como una reunión de trabajo, nena.

—¿Puedes quedarte aquí en el salón?

—¿Escuchando tus gemidos?

—Me sentiría mucho más segura si te quedas.

—Vaya cosas que me pides, Lucía.

—Ya lo sé amor. Es que últimamente tengo unas ideas que son un desastre. Se acabó, de verdad. Hoy y se acabó. Primera y última vez. Me guste o no, no vuelvo a mirar a otra mujer que no seas tú.

—Bueno, vamos paso a paso. Primero con tu cita.

—¿Cómo es?

—No te lo puedo decir, ya lo verás. De momento lo sentirás, porque tienes que entrar con una venda en los ojos.

—¿Qué dices?

Sonsoles me deja en ropa interior y coloca un pañuelo de seda tapando mis ojos. El nerviosismo se apodera de mí, pero al mismo tiempo el sentimiento de excitación que siento es indescriptible.

—Sonsoles, ¿qué haces?

—Es una cita a ciegas.

No tengo ni la menor idea de por qué estoy aceptando las condiciones de Sonsoles. Es una auténtica locura. Una locura tan grande como haberle pedido esta dichosa cita. Porque ya me pone bastante nerviosa lo de tener una cita a ciegas. Pero tenerla a ciegas de verdad, con una venda en los ojos y, para colmo, en ropa interior, quizá sea demasiado para empezar.

Esperaba un poco de charla previa. Conocernos. Otro tipo de situación. Estoy paralizada del nerviosismo que se apodera de todo mi cuerpo.

Si me quedase un mínimo de sentido común daría la vuelta ahora mismo, y sigo sin tener ni idea

de por qué no estoy haciendo justamente eso, dar la vuelta.

Sonsoles se da cuenta de lo nerviosa que estoy y me besa en la mejilla. Susurrando me asegura que me va a gustar mucho. Que es una sensación muy diferente con el pañuelo tapando los ojos. No lo tengo nada claro. Solamente me ha dicho que es alguien especial y que está muy segura de que me va a gustar.

De la mano, Sonsoles me lleva con cuidado por el minúsculo pasillo que une el salón con el dormitorio para no chocar con nada. Al llevar los ojos vendados tengo que fiarme de ella. Me deja justo delante de la cama.

—Tu cita a ciegas te está esperando.

—Sonsoles, quédate en el salón, por favor.

—Tranquila que ya te he dicho que me quedo, y aunque susurres te está escuchando igual.

¡Madre mía, qué vergüenza!

Me acerco con cuidado mientras escucho los pasos de Sonsoles saliendo del dormitorio. Extiendo mis brazos esperando encontrar a alguien, o al menos, para no chocarme con mi cita misteriosa.

Mi mano extendida toca un hombro desnudo, es bastante pequeño, siento cómo la mano de otra persona roza mi antebrazo, agarra mi codo con delicadeza. Es una mano suave, nada posesiva.

Me siento desconcertada. Quiero quitar la venda que cubre mis ojos, pero, al mismo tiempo, se apodera de mi cuerpo un sentimiento mezcla de curiosidad y excitación que me impide moverme.

Coloco mis manos en los hombros de mi cita misteriosa, noto la melena lisa cayendo por su cuello. Percibo su olor. Ella acaricia mis brazos con delicadeza y rodea con uno de los suyos mi cuerpo hasta llegar a mi cintura.

No me atrevo a hablar. No puedo moverme. Mis manos siguen sobre sus hombros, inmóviles. Estoy de rodillas sobre la cama. Mi cita a ciegas frente a mí, acariciando mi espalda, acercándose un poco más. Noto su aliento en mi cuello. Percibo su olor. Un olor delicioso.

Paso mi mano derecha por su pelo sedoso. Ella también lleva una venda en los ojos. Acaricio el nudo del paño de seda tras su cabeza, tan suave como su pelo.

Me pregunto si para ella también es una sorpresa tener la cita en estas condiciones, con una venda en los ojos, o si ya lo sabía. Me invade un sentimiento de excitación enorme. Nunca he estado con una mujer que no sea Sonsoles y con ella todo es muy fácil. El hecho de no poder ver a esta mujer añade muchísimo morbo a toda la situación.

Pero, ¿Qué estoy haciendo? ¿Qué se supone que tengo que hacer? Ni siquiera puedo verla. Deseo seguir explorando, pero no me atrevo. Mis manos siguen inmóviles, una sobre su hombro y la otra acariciando su pelo. Es lo máximo a lo que me atrevo.

Sus manos recorren mi espalda con la yema de los dedos. La acaricia suavemente, recreándose en cada caricia. Enviando corrientes eléctricas cada vez que sus dedos recorren mi columna.

Sigo sin poder moverme. De piedra. Concentrada plenamente en sus caricias. Son unas caricias increíbles, imagino que al no tener el sentido de la vista el placer de esas caricias se magnifica. Me estoy excitando. Me gustaría acariciarla, pero no me atrevo a moverme.

Una de sus manos toca mis nalgas por encima de mi ropa interior. La pasa por todo mi culo, como queriendo adivinar su tamaño, su forma. Se acerca más a mí. Sus pechos rozan los míos. Su cara pegada a la mía. Su nariz en mi mejilla.

—¿Esperabas esto?

—No.

—Yo tampoco, pero me alegro. Sonsoles siempre sabe dar un toque especial a todo lo que hace. Suspiro al escuchar su voz. Tiene una voz sensual. Con el reverso de mi mano derecha acaricio

su mejilla. Es una piel suave, tersa. Debe tener un cutis perfecto. Su mejilla toca la mía. Su boca en mi oído. Su respiración se acelera un poco. La mía también.

Mi cita misteriosa se separa levemente y acaricia mi cara. Sus dedos pasan por mis labios, por mi barbilla, de nuevo por mi boca. Es como si quisiese verme con sus suaves manos. Con su tacto. Hago lo mismo. El hecho de no poder verla y tener que adivinarla con mis manos es mil veces más excitante que verla con los ojos.

Sus labios son suaves, muy finos. Mi dedo corazón dibuja el contorno de su boca, siento cómo lo besa al pasar por ella. Es una sensación difícil de describir con palabras.

Sus manos resbalan por mi cuello, lo tocan sutilmente. Ladeo mi cabeza para ofrecérselo. Se me escapa un suspiro. Mis manos se atreven a hacer sus primeros movimientos acariciando su espalda, su cintura. Tiene una piel increíblemente suave. Trato de imaginar el tono de su piel. Las facciones de su cara.

Deja caer su mano a mi escote. Lo acaricia suavemente, con una delicadeza extrema. Vuelvo a suspirar. Siento una excitación que jamás pensé que experimentaría por unas caricias que no fuesen las de Sonsoles.

Trato de imaginar el tiempo que llevamos en esta habitación. Me parece ya una eternidad, pero no quiero que termine. Nuestra cita a ciegas parece trascurrir a cámara lenta. Una mano acaricia mi vientre. Lanzo un gemido. Acaricio sus piernas. Sus muslos. ¡Qué piel tan suave! Escucho cómo suspira ella también.

Vuelve a acercarse su cara a la mía. Siento de nuevo su aliento. La suave piel de su mejilla pegada en la mía.

—¿Nunca has estado con una mujer que no sea Sonsoles?

—No, nunca.

—¿Te gusta?

No me atrevo a contestar, pero mi silencio y mi respiración agitada lo dicen todo.

Su boca encuentra la mía. Nuestros labios se rozan. La punta de su lengua estudia el contorno de mis labios. Siento sus labios finos, delicados, suaves. Me apetece explorarlos con la lengua, pero sigo sin atreverme.

Su beso se hace más pasional. Nuestras lenguas se encuentran. Nos besamos como si llevásemos juntas toda la vida. Muerde mi labio inferior.

Una de sus manos llega a mi pecho derecho. Lo acaricia con suavidad por encima de mi sujetador. Sus dedos se abren paso por debajo de la tela hasta encontrar mi pezón que se endurece con el tacto. Se me escapa un suspiro mucho más fuerte.

Una parte de mí quiere abandonar la habitación. Otra parte de mí quiere quitarse la venda para poder ver a la chica misteriosa que está consiguiendo que me excite de este modo. La mayor parte de mí prefiere seguir con la venda en los ojos dejando que esas delicadas manos exploren el resto de mi cuerpo. Deseando que no dejen ni un centímetro sin explorar.

Mientras acaricia mis pechos tomo su nalga con una de mis manos. Tiene un culo pequeño, fuerte. Mi otra mano se une a la exploración. Oigo a mi cita misteriosa gemir, su cuerpo se acerca de nuevo al mío. Nuestros pechos rozándose. Sus manos en mi espalda.

Con destreza desabrocha mi sujetador. Pasa los tirantes por encima de mis hombros. Al quitarlo, la tela roza uno de mis pezones y lanza una corriente por todo mi cuerpo.

Sigo acariciando su culo y su espalda. Se desprende de su sujetador y siento la suave piel de sus pechos sobre los míos. Mis pezones, ahora duros, buscan el roce con los suyos.

Quiero acariciar sus pechos. Sentir sus pezones. Pero mis manos siguen paralizadas en su espalda.

Agarra mis manos y me empuja con delicadeza hacia la cama. Me tumbo en ella y mi cita misteriosa se coloca de rodillas a mi lado. Besa mi vientre. Arqueo mi espalda de placer. Siento su lengua jugar con mi ombligo. Sin querer, mis manos acarician mis pezones, los tomo entre mis dedos pellizcándolos suavemente.

Su boca se acerca peligrosamente a mi pubis. Me besa constantemente. Suaves besos. Siento el calor de la punta de su lengua recorrer mi cuerpo. Baja ligeramente mi ropa interior y besa mi pubis. Gimo. Estoy paralizada de nuevo. No me atrevo a tocarla. Ni siquiera me puedo creer que una mujer a la que acabo de conocer, con la que apenas he hablado, esté besando mi pubis. Y que me esté encantando.

Ni siquiera sé si la puerta está cerrada. Espero que Sonsoles no lo esté viendo todo desde la puerta. ¡Vaya tontería! No creo que hiciese eso, o quizá sí, pero es que mi mente se niega a concentrarse en el inmenso placer que esos delicados besos me están proporcionando.

Su boca y su nariz están ya sobre los labios de mi vagina. Siento cómo la rozan por encima de la suave tela de mi ropa interior. Siento su aliento en mi sexo. Su respiración como si quisiese extraer la esencia de mis partes más íntimas.

Tira suavemente de mis bragas hacia abajo. La ayudo a desprendernos de ellas. Me quedo totalmente desnuda sobre la cama. Totalmente expuesta. Sus besos vuelven a mi pubis. Vuelvo a gemir. Ya no siento vergüenza. Acaricio su pelo mientras siento sus labios explorar los alrededores de mi clítoris. Uno de sus dedos se desliza entre los labios de mi vagina. Lanzo un suspiro. No lo esperaba.

Siento cómo mi cita misteriosa se levanta. Me quedo tumbada intentando adivinar lo que está haciendo. No poder ver sus movimientos da un toque de excitación increíble. El roce de sus bragas pasándolas suavemente por todo mi cuerpo me indica lo que acaba de hacer. Mi cita misteriosa está también desnuda.

Toma mis manos y volvemos a ponernos de rodillas sobre la cama. Exploro sus pechos y ella hace lo mismo con los míos. Siento sus pezones duros. Bastante más grandes que los míos. Mucho más que los pequeños pezones de Sonsoles. Trato de imaginar cómo quedan esos pezones sobre los pechos pequeños que estoy acariciando. Trato de imaginar su color. El tamaño de su aureola.

Siento su lengua pasar por mis pechos. Sus labios besándolos. Sus manos acariciándolos suavemente. ¿Estará ella intentando imaginar también mis pechos? Son algo más grandes, eso lo notará fácilmente. ¿Estará tratando de imaginar cómo son mis pezones? ¿Su color?

Sigo tumbada en la cama con mi cita misteriosa de rodillas a mi lado. Besa mi entrepierna. Mis manos acarician su suave espalda. Tiene una espalda pequeña pero muy fuerte. Está muy delgada. Su lengua pasa por mi vagina. Siento cómo la lame de abajo a arriba. Cómo presiona más al llegar a mi clítoris. Cómo sus dedos resbalan por mis labios completamente húmedos.

Intento acercarme a mí su culo para poder tocarlo. Adivina mis intenciones y me lo ofrece. Paso mis manos por su entrepierna. Por sus pequeñas nalgas. Introduce dos de sus dedos en mi vagina. Apenas ofrezco resistencia. Siento cómo exploran mi interior. Clavo mis uñas en su culo. Gimo. La escucho gemir.

Sus dedos hacen círculos dentro de mí. Su dedo pulgar se coloca en mi clítoris presionándolo. Incrementa el ritmo. Me está volviendo loca. Oigo sus dedos entrar y salir, cada vez más rápido, cada vez más fuerte. Es un nivel de excitación increíble. Gimo con fuerza.

Sin pensarlo, penetro su sexo con dos de mis dedos. No tengo ni idea de lo que estoy haciendo. Me dejo llevar. Siento el interior de su vagina húmedo, caliente. Lo exploro. Jamás pensé que mis dedos entrarían en el interior de una mujer que no fuese Sonsoles, pero lo hacen de manera natural, al igual que lo hicieron la primera vez con ella.

Presiona más doblando sus dedos. Creo que voy a tener un orgasmo. Escucho gemir a mi cita misteriosa. Percibo su olor. Siento su interior caliente y húmedo. Muy suave. No poder vernos me excita aún más. Gimo yo también con fuerza. La penetro con mis dedos con mayor velocidad. Me vuelve loca sentir cómo resbalan al entrar. No puedo más. Ohhh. Clavo mi cabeza en la almohada. Arqueando mi espalda, lanzo un fuerte gemido mientras tengo un intenso orgasmo.

—¡Dios mío! ¡Qué pasada de orgasmo!

Tiene gracia que apenas hayamos cruzado dos o tres palabras y que la frase más larga sea justamente esa.

Quiero seguir masturbando a mi cita misteriosa, pero se retira con delicadeza y se tumba a mi lado. Acaricia mi pelo, mis mejillas. Me besa. Me abraza. Percibo el olor y el sabor de mi sexo en su boca. Sentir el sabor de mi placer en sus labios es tremendamente excitante.

Agradezco que me dedique estos momentos de intimidad después de tener un orgasmo, aunque no le digo nada. Espero que lo haya podido adivinar.

Vuelve a acariciar mis pechos mientras me besa. Mis manos pasan por su pequeña cintura. Se sube sobre mí y frota su vagina sobre mi muslo. Noto su calor. Su humedad. Cómo resbala sobre mi pierna a medida que mi cita misteriosa se va excitando más y más.

Me muero de ganas de besar su sexo. La tumbo sobre la cama. Ella adivina mis intenciones y no ofrece resistencia. No pesa nada.

Exploro con mi boca el interior de sus piernas. A medida que me acerco a su vagina puedo notar el olor almizclado que desprende. Suave y dulce. Deseo besarla. Deseo pasar mi lengua por sus húmedos labios.

Mi mano acaricia su vientre, imposiblemente plano. No tiene ni una gota de grasa. Puedo notar unos ligeros abdominales. Trato de imaginar su cuerpo a medida que mi boca entra contacto con su vulva.

Mi cita misteriosa gime. Acaricia mi pelo, lo agarra con fuerza, lo suelta, juega con él. Beso la parte exterior de su sexo. Separo con mis dedos sus labios e introduzco mi lengua. Noto su olor. Su sabor. Todo a ciegas. Es algo totalmente nuevo para mí. Tremendamente excitante.

Separo la piel que cubre su clítoris y lo beso. Escucho sus gemidos. Sus manos en mi pelo, apretando mi cabeza, como pidiéndome que siga, que no me separe.

Lamo su clítoris. Siento la extrema suavidad de su piel. Trato de imaginar cómo es, desde luego mucho más grande que el de Sonsoles o el mío. Trato de imaginar cómo son sus labios, su color, su tamaño, su forma. El color de su interior.

Succiono su clítoris con mis labios. Lo presiono haciendo círculos sobre él. Mi cita misteriosa gime con fuerza. Sigo presionando. Muevo mi lengua más y más rápido. Lo lamo. Dejo resbalar toda mi lengua sobre su delicada piel. Me enloquece su olor. Sus gemidos. Su sabor. Su tacto. No ser capaz de ver hace que el resto de mis sentidos estén enloqueciendo.

Siento cómo las piernas de mi cita misteriosa empiezan a temblar. Sus gemidos cada vez más fuertes. Me vuelve loca escuchar esos gemidos. Supongo que Sonsoles nos está escuchando. Está justo al lado. No me importa. Me excita tanto darle este placer como cuando ella me lo dio a mí.

Mi cita misteriosa emite un fuerte grito y su vagina deja escapar un chorro de placer. Gimo yo también con fuerza al sentirlo. Tras unos pequeños espasmos queda tumbada en la cama. Relajada.

Me coloco sobre ella y beso su boca. Ella acaricia mi pelo. Ni siquiera sé su nombre, casi no hemos hablado y me está volviendo loca.

Deshago el nudo de la tela que cubre sus ojos. Ella hace lo mismo con el mío. Me da miedo abrir los ojos. Sin haberla visto, me he formado una idea de todo su cuerpo. Me aterra que ahora sea muy diferente.

—Abre los ojos. —Dice mi cita misteriosa susurrándome al oído.

Al fin me decido a abrir los ojos. Frente a mí veo un rostro angelical.

—Hola, preciosa.

Sus finos labios me lanzan un beso. Su cuerpo es todo lo que mi cabeza había imaginado y más. Sus increíbles pezones culminan unos pechos que parecen una obra de arte. Agarro con fuerza sus nalgas y nos besamos.

Bendigo a Sonsoles por arreglar esta cita a ciegas.

Me sonrío.

Acabo de conocer a un ángel.



La cita misteriosa desvelada

No sé muy bien cómo reaccionar. Acabo de disfrutar infinitamente con una mujer a la que acabo de conocer y de la que ni siquiera sé su nombre.

Pero sigo pensando que es muy injusto para Sonsoles lo que estoy haciendo. Una parte de mí, una parte muy importante de mí, se arrepiente enormemente de lo que le estoy haciendo pasar estos dos días. Por muy abierta que sea su mente, ella quiere estar conmigo y yo no hago más que experimentar a su costa.

—Sonsoles, no me extraña que estés coladita por esta chica. ¡Qué pasada!

—A que sí. Ya te dije que estaría bien.

Sonsoles entra en el dormitorio y se sienta a nuestro lado. De pronto noto un sentimiento de vergüenza por estar desnuda junto a otra mujer delante de Sonsoles. Es extraño cómo funciona la mente a veces.

—¿Tienes más casillas que tachar en tu lista de fantasías sexuales, Lucía? Porque vaya semana que llevas, nena. Aprovecha. ¿Quizá un trío con dos mujeres?

No sé dónde meterme porque tiene toda la razón. Sólo puedo mirarla a los ojos, supongo que poniéndome roja de que lo mencione delante de mi cita misteriosa, y quedarme quieta, sin contestar.

—¡No riñas a la chica, Sonsoles, pobrecita! ¡Como que a ti no te gustaba experimentar!

—Lucía, te presento a Nuria.

—Su ex.

Mi cara de asombro debe ser apoteósica porque a las dos se les ha escapado una sonrisa. No me lo puedo creer, ¿en serio me ha emparejado con su ex? ¿Nos habrá visto desde la puerta?

—Bueno, chicas, os dejo solas que me imagino que tenéis que hablar. Un placer haberte conocido en estas circunstancias, Lucía. Literalmente. Si quieres probar algo un poco más fuerte avisa.

—Anda, Nuria, vístete y deja de provocar.

Al salir Nuria me quedo mirando a Sonsoles con millones de preguntas en mi cabeza.

—¿Esa era tu ex, de la que estabas colada pero que quería probar temas que tú no estabas muy dispuesta?

—Sí, la misma.

—¿Te sigue gustando?

—¿Estás celosa?

—Un poco.

—¿Un poco? Joder, Lucía, eres tú la que se acaba de acostar con ella, no yo. Y disfrutaste de lo lindo, no lo niegues.

—Sí, me gustó. Vale, no te lo voy a negar, pero no sé, prefiero que haya algo de conexión emocional. Pero bueno, sí, me gustó. Mucho.

—Ya, es que es muy buena en la cama.

—Tú también.

—Ya, pero eso no quita para que ella sea muy buena. Muy, muy buena. Sabía que te iba a gustar.

Ya puedes tacharlo de tu lista.

—No tengo ninguna lista. Pero, bueno, ¿cómo se te ocurrió buscarme una cita con tu ex?

—Era lo más sencillo. Como te acabo de decir, sabía de antemano que te iba a gustar, a ver si de esta te convences de que te gustan las mujeres. Por otro lado, puedo confiar en Nuria. Al igual que tú confiaste en mí con Alberto, sé que Nuria no intentaría salir contigo sabiendo que yo estoy interesada. Y por último y no menos importante, no creo que te gustase el BDSM y Nuria está totalmente metida ahora en ello.

—¿Esa fue la razón por la que lo dejasteis?

—En parte sí. A mí un poco de BDSM en plan light y casero de vez en cuando no me importa, pero Nuria está muy metida. Además, sus relaciones son totalmente abiertas, y le gusta que incluyan a más de una persona de cada vez. Cada persona debe buscar lo que le guste. Ella es feliz con eso y disfruta mucho del sexo. Debe ser que yo me estoy haciendo mayor porque me gustaría una pareja estable en vez de tanto cambio de pareja.

—Muchas gracias, Sonsoles y lo siento.

—¿Qué sientes?

—Haberte hecho pasar por esto. Por las dos cosas. Lo de Alberto y lo de hoy. Debes pensar que soy una tonta caprichosa.

—Un poquito sí.

—Ya, tienes razón. No es justo haberte metido en ninguna de las dos cosas.

—No te creas, que las dos tuvieron su punto.

—¿Nos estuviste mirando?

—Al principio no, pero después de un rato no puede evitarlo. Fue tremendamente excitante verte con Nuria. Me tuve que masturbar mientras os miraba desde la puerta, pero con vuestros gemidos no me habrás oído.

—¡Madre mía!

—¿Qué te parece si pedimos unas pizzas? No me apetece mucho cocinar.

—Genial.

Hasta un acto tan sencillo como cenar unas pizzas se convierte en algo especial al lado de Sonsoles. Nos comimos las pizzas las dos desnudas. A Sonsoles le encanta andar desnuda por la casa y reconozco que puede llegar a gustarme a mí también.

Además de ser muy cómodo, aumenta el grado de intimidad entre las dos. Carlos me había dicho una vez algo de que uno de los ejercicios básicos del Tantra era estar desnudos juntos para mejorar la intimidad. Seguramente es verdad. Y poder ver ese cuerpazo sin ropa es una pasada. Dormir juntas desnudas es directamente el paraíso.

Cada uno de sus abrazos me calma y me transporta a otra dimensión donde no existen los problemas. Sentir su piel suave y cálida rozar la mía me vuelve loca. Y su personalidad me hechiza. Me falta un poco de valentía para tomar la decisión de estar con ella como pareja estable, o al menos hacerlo público, porque lo que tenemos ahora es casi una relación de pareja. Un poco rara. Pero, al fin y al cabo, una relación de pareja.



Viaje inesperado

La mañana siguiente en la oficina Carlos me vuelve a llamar al despacho a primera hora. Casi no me da tiempo ni a encender el ordenador.

—Buenos días, Carlos.

—Hola Lucía. Espero que se te vaya pasando el enfado.

—Carlos, no es una cuestión de que se me pase o no el enfado. Es una cuestión de confianza y de fidelidad, y nosotros dos no andamos muy sobrados de ninguna de las dos cosas. Pero bueno, ¿Qué necesitabas?

—Sólo quería informarte que el lunes salimos hacia Escocia, a Aberdeen. Es un viaje rápido, a ver un par de clientes y volveríamos el miércoles por la mañana temprano. Te pasarán los detalles hoy mismo.

—¿Salimos te refieres a ti y a mí?

—Sí, claro.

—Carlos, si lo has preparado para que vuelva a pasar algo entre nosotros no tiene ninguna gracia y no va a pasar.

—Por favor, Lucía. Esos clientes los llevo yo, y tú estás en un período de formación en mi departamento que dura dos años. Eso incluye viajar con todos nosotros para aprender. Si no estás cómoda en ese puesto lo dices. Intentaré que te transfieran a la oficina técnica como querías al principio. Pero si te quedas tienes que viajar. Conmigo y con cualquier persona del departamento que se te asigne. ¿Queda claro?

—Sí, Carlos, perdona.

—Aberdeen es uno de los centros más importantes de la industria de Oil and Gas en Europa, que como muy bien sabes es nuestra principal fuente de ingresos. Así que es una buena oportunidad para aprender.

—¿De lo de mi viaje a Moscú para visitar la empresa que había atendido en la feria de Hanover sabemos algo?

—Se ha pospuesto, ya no es la semana que viene. No te sabría decir una fecha. Creo que posiblemente en tres o cuatro semanas. Tampoco te puedo concretar el acompañante.

El anuncio de Carlos de llevarme con él a Aberdeen el próximo lunes me deja descolocada. Cae como un jarro de agua fría. Sé que tengo que viajar, es parte del trabajo, pero por algún motivo esperaba poder pasar una temporada más o menos larga sin hacerlo, ahora que me había mudado al apartamento de Sonsoles y estaba empezando mi nueva vida sin Alberto.

La mañana se me pasa volando mientras preparo unas ofertas para uno de los clientes de Carlos, aunque mi mente está en la hora del café para poder hablar con Sonsoles y contarle lo del viaje.

Más o menos sobre las once de la mañana veo que Sonsoles se levanta de su mesa y con su mirada me indica que la acompañe. Cierro el correo electrónico y la sigo hasta la pequeña zona de descanso que tenemos en el piso. No es gran cosa, pero cumple su función para tomar un café rápido o un tentempié a media mañana.

—Cuenta, cuenta, Lucía, ¿Qué tal con Carlos? No cerró las persianas, ya vi que estuvo muy

formal. Así, los dos separados por la mesa del despacho como debe ser...

—¡Qué bruja eres, Sonsoles! Con Carlos se acabó para siempre, ya te lo dije. De hecho, estoy muy enfadada con él porque me quiere llevar el lunes en un viaje rápido a Aberdeen para visitar a unos clientes que tienen plantas en el Mar del Norte.

—Joder, tía, es que en este trabajo tienes que viajar, eso ya lo sabías.

—Sí, pero esperaba poder pasar más tiempo contigo, ahora que me he mudado a tu apartamento. Despertarme por las mañanas a tu lado es una auténtica pasada.

—Para mí también, ya lo sabes. Pero lo de los viajes va a ser la tónica habitual, Lucía, eso debes tenerlo claro. Cuando no estés tú de viaje estaré yo, es lo que tiene nuestro trabajo. Se paga bien, pero exige mucho sacrificio. Imagínate con hijos. Además, Aberdeen está muy bien. Se te caerán los pezones del frío en esta época, pero aparte de eso bien.

—Pero es que con Carlos no me apetece.

—Ya, pero es su zona. Mientras tú le pongas una barrera, que le quede claro que no quieres nada no vas a tener ningún problema. Carlos será un ligón infiel, pero sabe respetar los límites bien. Óscar insistiría mucho más, el muy cretino.

—A mí me apetecía viajar contigo.

—Y a mí. Pero no creo que se logre pronto. De todos modos, podíamos ir planificando unas vacaciones juntas, ¿qué te parece? O una escapada de fin de semana a algún sitio con sol.

—Sí, estaría muy bien.

Ese último comentario de Sonsoles me alegró bastante lo que quedaba del día de trabajo. A ratos pensaba en el cuerpo de Sonsoles bronceándose desnudo bajo los rayos del sol en alguna playa desierta, lejos de las miradas de extraños. Solamente para mí.

Creo que me alegró demasiado, porque mi concentración a lo largo de la mañana fue disminuyendo a medida que imaginaba con más y más realismo a Sonsoles desnuda.

En el coche de regreso a su apartamento no pude evitar acariciar su muslo mientras conducía y darle un beso en cada semáforo en cuanto nos alejamos de la oficina.

—¡Vaya cómo estamos esta tarde eh!

—Sí, me gusta la idea esa de una escapada romántica tú y yo solas a algún sitio con sol. Tenemos que hacerlo. ¿Qué tal la semana que viene? Si voy a pasar frío en Aberdeen podíamos salir el viernes por la tarde para Canarias y volver el domingo por la noche. Yo te invito, es lo menos que puedo hacer ya que estoy de okupa en tu apartamento.

—No estás de okupa, estás de mi novia. Bueno, más o menos. Una especie de novia secreta o algo así, supongo.

—Ya, algún día daré el paso.

—Eso espero, nena.

—¿Sabes lo que pensaba antes en el trabajo?

—Dime.

—Es una tontería, pero ¿alguna vez probaste a solamente recibir, sin dar nada? En el sexo, digo. Una situación en la que tu pareja te da placer, pero tú solamente lo recibes. Nada, es una tontería. Una fantasía tonta.

—Así que tu fantasía tonta es que yo te de placer sin esperar nada a cambio, ¿no?

—Bueno, dicho así parece súper egoísta, pero sí, más o menos eso.

—Umm, creo que me puede gustar. De todos modos, yo soy más de dar que de recibir. Pero si lo hacemos tú no puedes hacer nada. Lo hacemos con todas las consecuencias.

—Vale, me parece bien. ¿Ves cómo sí que tienes una lista?

—Que no Sonsoles, que no hay ninguna lista. Estoy viviendo una fase de liberación o algo y me

apetece probar cosas nuevas. Pero sólo contigo a partir de ahora.

—¿Quieres que te ate a la cama o algo?

—No, Sonsoles, no te pases. Me contengo sin hacer nada. Creo que es parte del morbo. Me excita más saber que no puedo hacer nada de nada y te lo tengo que dejar a ti todo.

Llego a casa totalmente excitada pensando en cómo será lo que le acabo de proponer a Sonsoles. La verdad es que da gusto con ella. Comparado con lo cuadrulado que era Alberto donde nuestro sexo consistía en besar rápido, tocar una teta rápido, chupársela rápido y follar rápido, con Sonsoles el sexo es una aventura cada día.

Le gusta la variedad y hasta parece que busca la perfección cuando lo hace.

Me tumbo en la cama totalmente desnuda mientras veo cómo Sonsoles se va desnudando. Me da la vuelta y me deja tumbada de lado. Es una bruja porque me ha dejado tumbada hacia el lado del espejo para que pueda ver lo que hace.

Tiemblo de anticipación al sentir la cercanía de su cuerpo desnudo. A través del espejo la veo tumbada junto a mí, observándome. Mira al espejo y me sonrío.

Seguramente han pasado segundos, pero a mí se me está haciendo una eternidad sin sentir su contacto, solamente mirando mi cuerpo.

Por fin acaricia con la yema de sus dedos mi hombro derecho. Era tanta la anticipación que se me erizan los pelos de la nuca. Estoy tremendamente excitada y no ha empezado ni a acariciarme.

Sigue pasando sus dedos por mi hombro, deslizándolos hacia mi cuello, lenta y suavemente. Cierro los ojos para sentir sus caricias. Siempre están tan cargadas de ternura que parecen un milagro. No sabría explicarlo, pero Sonsoles te excita con ternura, es algo que nunca me había pasado con nadie y el resultado es tanta o más excitación que con el mejor sexo.

Noto como se acerca más a mí. Siento el contacto de su muslo en la parte de atrás de mi pierna, el calor de sus pequeños pechos y su vientre sobre mi espalda. Su respiración cerca de mi cuello. Dejo escapar los primeros suspiros y todavía no me ha hecho nada.

Sonsoles tiene una ausencia de prisas absoluta en el sexo. Para ella es una obra de arte. Una melodía musical. Siempre dice que mi cuerpo es un instrumento musical y que le va diciendo cómo tiene que tocarlo en cada momento. A juzgar por los resultados que consigue debe ser verdad.

El reverso de su mano recorre mi espalda. Se desplaza por mi columna vertebral hasta llegar a mi coxis y vuelve a subir. Lentamente. Suavemente. Recreándose en cada milímetro de mi piel. Lanzo un pequeño gemido y a través del espejo veo su sonrisa.

Tiene una sonrisa preciosa. Su cara entera es la misma expresión de la ternura, rematada por esos ojitos color avellana que me derriten cada vez que se clavan en mí.

Separa mi pelo y siento sus labios en mi cuello. Pequeños besos. Se me pone la piel de gallina. Suspiro cada vez que la punta de su lengua acaricia mi piel.

Sigue besando suavemente mi cuello mientras su mano juega entre mi espalda y mis caderas. Describe círculos, como si estuviese pintando un lienzo. Solamente con la yema de los dedos o el reverso de su mano. Caricias suaves, tiernas, sensuales.

La excitación va creciendo dentro de mí. Quiero que llegue ya a mi sexo. Noto la humedad entre mis piernas. Un deseo casi inhumano de que sus dedos entren en mi interior. De que exploren mi vagina como sólo ella sabe hacer. De que arranquen de mi cuerpo un orgasmo intenso.

Pero sé que llevará su tiempo. Ese es su secreto. Va acumulando tanta excitación en mi cuerpo que cuando por fin sus dedos penetran en el interior de mi cuerpo no necesita hacer casi nada para conseguir sacarme una explosión de placer.

Se acerca más a mí. Acaricia mis muslos. Mis gemelos. Su pie derecho se ha colado entre los

míos y juega con ellos. Lanzo otro pequeño gemido al sentir su mano llegar a mi entrepierna. Muerdo mi labio inferior de placer.

En el espejo veo mis pezones completamente duros llamando la atención de sus manos. De su lengua. Me invade un deseo irracional de sentir su lengua jugar con ellos. De sentir su calor, su humedad, mientras sus sabios los mordisquean suavemente.

Me da la vuelta y quedo mirando hacia ella. Es preciosa. Estoy tremendamente excitada, pero sus manos no bajan de mi cuello y mis hombros. Cada una de sus caricias consigue sacar un suspiro de mi boca.

—No puedo aguantar Sonsoles. Tengo que tocarte.

—Shhh, hemos hecho un trato.

Me está volviendo loca. El contacto de su mano sobre mi pecho izquierdo lanza un latigazo de placer por todo mi cuerpo. Arqueo mi espalda. Necesito más, mucho más.

Sus dedos juegan alrededor de mis pezones, dibujando mi pequeña aureola. No llega a tocarlos, pero cada vez que pasa cerca de ellos me enloquece. Necesito que los acaricie. Es una excitación casi dolorosa. Lo necesito ya.

Sonsoles me tumba boca arriba. Instintivamente abro las piernas ofreciéndole mi sexo, aunque sé que todavía queda bastante hasta que llegue a él.

Sus labios besan mi vientre. Más suspiros. Me besa como solamente ella sabe hacer. No deja ni un centímetro de mi piel sin besar. El calor de su lengua en mi ombligo me hace gritar. Coloca su mano derecha sobre mi pubis para calmarme.

—Estás recién depilada.

—Sí, de esta mañana.

—Me encanta.

Se coloca de rodillas junto a mí. Toma entre sus manos mi brazo izquierdo y lo acaricia. Besa el interior de mi codo. Lo chupa con su lengua. Con pequeños besos va saboreando el interior de mi brazo. Besa mi muñeca. Pasa su lengua por ella. Nuestras manos se entrelazan. Es todo el contacto que me permite hasta meter uno de mis dedos en su boca. Luego otro.

Cada vez que lo hace arranca suspiros de mi interior. Siento en mis dedos la suavidad de su lengua, su calor. Besa el lóbulo de mi oreja y me vuelve loca. La necesito ya. Quiero que sus dedos entren en lo más profundo de mi vagina. Que explore su interior. Que me masturbe. No puedo más.

El contacto de sus suaves labios con los míos desvía mis pensamientos. Sonsoles besa increíblemente bien. Jamás nadie me había besado como ella. Con sus labios muerde con delicadeza los míos, intento abrirme paso con la lengua dentro de su boca, pero se separa. Me mira fijamente, casi como castigándome con su mirada.

Es todo lo que necesita para recordarme que tenemos un trato y que ella está al mando. Era mi fantasía, pero estoy tan excitada que me está resultando muy duro.

Vuelvo a recibir sus besos en mi boca. Se me ha hecho una eternidad, aunque seguramente fueron segundos. Su suave mano acaricia mis pechos. Por fin. La reacción instintiva de mi cuerpo deja bien claro que necesitaba sus caricias. Me sonrío.

Deshace la trenza de su pelo. Pocas veces la veo sin su eterna trenza, pero creo que es aún más bonita con el pelo suelto. Si es que eso es posible.

Deja resbalar su pelo sobre mis pezones. No puedo evitar un fuerte gemido. No me lo esperaba, pero el suave tacto de su melena deslizándose por mis pezones duros es una sensación increíble. Sonsoles me dedica una sonrisa preciosa.

—Sé que tenemos que probar si eres capaz de llegar al orgasmo solamente acariciando tus

pezones, pero otro día, ¿vale?

Solamente puedo asentir con la cabeza.

Su dedo índice se desliza entre mis pechos, bordeando mis pezones. Haciéndome suspirar para luego bajar por mi vientre hasta mi pubis.

Tomo su mano intentando meter esos dedos dentro de mí, pero Sonsoles vuelve a separarse y me castiga de nuevo con la mirada.

He sentido una excitación extraña las dos veces que lo ha hecho. Ese pequeño castigo con la mirada me ha excitado y no lo puedo entender. Me ha gustado que ella estuviese al mando y que pudiese parar en cualquier momento. Que mi placer dependiese por completo de Sonsoles. De su potestad para seguir otorgándolo o cortarlo en cualquier momento.

Otra vez me parece una eternidad, pero cuando sus labios rozan mi pubis mi mente vuelve rápidamente.

Suaves besos. Sonsoles arrodillada a mi lado, sus pechos apoyados en mi entrepierna. Yo ofreciéndole me sexo con las piernas totalmente abiertas. Las plantas de mis pies pegadas. Mi vagina deseando el contacto con su boca.

Sonsoles pasa el reverso de su mano y la yema de sus dedos por mi vulva, acariciándola con suavidad. Siento la humedad del deseo en mi interior. Sigue acariciando la piel del exterior de mis labios, sin tocar su interior.

Siento su aliento en mi sexo. Su dedo medio resbalando por mis labios.

Lo acerca a mi boca y me lo da a probar. Percibo el olor de mi excitación. Su sabor ligeramente salado. Chupo su dedo como si mi vida dependiese de ello.

Sonsoles vuelve a bajar y besa el exterior de vagina. Su lengua pasa suavemente por toda su superficie hasta llegar a mi clítoris. Al pasar su lengua lo siento duro, sensible, deseando que le dediquen atención.

Ella lo nota y separa con sus dedos los labios de mi vagina para llegar con más facilidad a mi clítoris. Siento su lengua sobre él. Escalofríos. Más gemidos.

Sonsoles lame toda mi vagina como si estuviese comiendo un helado. Arqueo mi espalda sin parar de gemir y suspirar. Mi respiración se hace cada vez más fuerte. Me falta el aire cada vez que su lengua pasa por mi clítoris.

Siento que ella también está excitada. Oigo como jadea. Frota sus pezones en mis muslos. Me está volviendo absolutamente loca.

Chupa mi clítoris sin parar. Lo succiona con delicadeza con un ritmo rápido, sostenido. No puedo parar de gemir. Siento su mano sobre mi pubis empujando hacia abajo para que no me mueva tanto.

Su lengua se mueve en círculos sobre mi clítoris. De lado a lado, de arriba a abajo, con la presión justa, para luego seguir succionando. Siento sus labios sobre la suave piel de mi clítoris que está tan sensible que creo que no podré aguantar mucho más. Su lengua ahora recorre todo mi sexo, alternando entre mi clítoris, mis labios y el interior de mi vagina. Va a acabar conmigo.

Al fin dos de sus dedos entran dentro de mí. Mi excitación no ofrece resistencia alguna. Resbalan sin dificultad hasta lo más profundo de mi interior.

Los noto entrar y salir con un ritmo constante. Escucho el sonido de mi sexo húmedo al hacerlo. Abro más las piernas. Gimo. Suspiro. Siento los pezones duros de Sonsoles frotándose con fuerza sobre mi muslo. Sus gemidos. No puedo más. Agarro las sábanas con fuerza para evitar acariciar su cuerpo.

Sus dedos alternan ahora de lado a lado de mi vagina. De nuevo me penetran entrando y saliendo de manera rítmica. Más tarde hacen círculos. Gimo con fuerza. No me importa que nos

oigan. A Sonsoles no le importa que gima. Le excita escuchar mis gemidos cuando hacemos el amor.

Dobla sus dedos presionando la masa esponjosa de la parte superior del interior de mi vagina. Tiemblo. Gimo. Grito. La palma de su mano frota mi clítoris volviéndome loca de placer cada vez que pasa sobre él. No puedo más.

—No puedo más Sonsoles. Sigue, por favor, no pares.

Mis gemidos se hacen más y más sonoros y constantes. Sonsoles ejerce un poco más de presión y arqueando la espalda lanzo un fuerte gemido al tiempo que consigue sacarme un fantástico orgasmo.

Sus dedos siguen en mi interior, aunque ha dejado de hacer presión. Su mano izquierda sobre mi pubis, al tiempo que me dedica una preciosa sonrisa. Mis piernas están temblando. Cada vez que mueve ligeramente sus dedos dentro de mí unos pequeños espasmos de placer se apoderan de mi cuerpo.

Me sonrío. La miro y le devuelvo la sonrisa. Se tumba a mi lado y me da un beso en la mejilla mientras acaricia mi pelo con delicadeza.

—¿Qué tal?

—Una pasada. Acabas conmigo. De verdad.

—No pensé que te ibas a contener tan bien. Aguantaste todo el tiempo sin tocarme.

—Es que me has puesto cara de mala las dos veces que lo intenté.

Me sonrío y sigue acariciando mi pelo.

—¿Y ahora tú?

—No pasa nada. Ya te tocará.

Me besa suavemente en los labios tumbándose a mi lado. Acaricio con delicadeza sus preciosos pezones color chocolate con leche.

—No puedes hacer nada.

—Es una caricia cariñosa. Nada más.

Sonríe. Su mirada llena de dulzura. Es un cielo de mujer.

—No te merezco, Sonsoles.

—¿Qué tonterías dices!

—Es verdad. Eres super buena conmigo. Lo que me tienes que aguantar.

Sonsoles vuelve a sonreír.

—¿Quieres ducharte?

—No, estoy bien así. Pero tenemos que cambiar las sábanas. Están empapadas.



Proposición indecente

A medida que se acerca el viaje con Carlos a Aberdeen me voy poniendo más y más nerviosa. Ya le he dejado claro a Carlos que no voy a entrar en su juego y que no tenemos ningún futuro juntos. Mi “semi” relación con Sonsoles va fenomenal de puertas adentro, aunque fuera lo disimulamos como amigas.

Sé que a ella no le gusta mucho esa situación, pero todavía no me atrevo a dar el paso. En cualquier caso, no me apetece lo más mínimo poner en peligro lo que tenemos volviéndome a liar con Carlos para nada.

—Sonsoles, cuéntame algo de Aberdeen. No me apetece nada ir.

—Pero nena, si vas dos días. No te va a dar tiempo ni a bajar del avión. Carlos sabe respetar los límites, no estés preocupada por eso.

—No, si me fio de él. No es eso.

—No te fíes de ti misma, ya lo sé.

—Que no, Sonsoles. Paso ya de Carlos. En serio. Estoy bien así. Ahora que me estoy recuperando de haber roto con Alberto no me voy a meter en más líos. ¿Dónde voy a encontrar a alguien mejor que tú?

—Bueno, bueno, a ver si es verdad.

—Pero en serio, Aberdeen ¿qué tal? Me apetece mucho ir a Escocia, pero a Edimburgo. Aberdeen no me atrae para nada. Supongo que muy industrial con empresas “Oil and Gas” y eso ¿no?

—Te vas a llevar una sorpresa. Si no fueses específicamente a ver ese tipo de empresas ni siquiera sabrías que existen en Aberdeen. Es una ciudad muy bonita. Con una zona antigua preciosa. Está llena de edificios de granito. El distrito portuario es una pasada. Hasta te puedes ir a visitar al monstruo del Lago Ness, que queda cerca.

—Calla, calla, que bastante monstruo llevo conmigo.

—Lucía, de todos modos, no vas a tener tiempo para nada. Visita lo más típico, en plan la Catedral, la iglesia de San Nicolás, el Museo Marítimo y que te lleve a cenar a algún sitio bonito que seguro que lo hace para intentar seducirte. Y poco más. No tienes tiempo con las visitas a las empresas. Pero te gustará.

El lunes me levanto casi con un ataque de ansiedad. Tengo que salir pitando para el aeropuerto, pero algo me dice que la cosa no va a acabar bien. Sonsoles sigue durmiendo a mi lado, cubierta con un precioso camión que deja ver uno de sus pechos. Tengo mucha suerte de estar con ella y es muy injusto seguir negándome a tener una relación seria, o al menos “oficial”. Hago nota mental de hacer un esfuerzo por solucionar eso en cuanto vuelva el miércoles. Le doy un suave beso en la frente y salgo hacia el aeropuerto.

Mientras esperamos el avión Carlos está un poco seco. En “modo estirado” como yo le digo. Ya me voy acostumbrando a sus cambios de personalidad. Pasa de ser super tierno a un engréido estirado en cuestión de segundos.

Hasta llegar a nuestra escala en el aeropuerto de Heathrow casi no hablamos. Allí, mientras tomamos un café y picamos algo, se suelta un poco más.

—Estás muy callada Lucía.

—Quizá eres tú el que está muy callado hoy, ¿no?

—Nuestro primer viaje solos desde San Peteburgo.

Joder, ¡qué recuerdos me trae el viaje a San Peteburgo! Ahí fue donde empezó todo. Parece mentira que en tan poco tiempo mi vida haya cambiado tanto. Aquel Carlos tan tierno, tan atento. Un Carlos que hacía que me sintiese especial en todo momento.

El Carlos que conocí más tarde, y sobre todo las cosas que conocí de él ya no me gustaron tanto.

De todos modos, sigue estando para comérselo. Con ese jersey negro de cuello cisne y su chaqueta. Con esa sonrisa. Esa seguridad en sí mismo. Todavía me quedo tonta mirándole.

Como de costumbre, en la empresa tratan bien a Carlos y nos reservan un precioso hotel que parece un caserón antiguo y que además está bastante céntrico. Me podría acostumbrar a viajar así siempre, pero tengo mis dudas de que cuando me toque viajar a mi sola me traten así de bien.

—¿Qué plan tenemos estos días, Carlos?

—¿No te lo enviaron?

—Sí, a ver, me enviaron las líneas generales, pero ¿cómo lo quieres organizar?

—Vale. Es viaje relámpago. Hoy nos queda algo de la tarde libre, iremos a cenar sin ningún cliente. Mañana tenemos todo el día ocupado con visitas y seguramente tanto la comida como la cena las haremos con clientes. Tanto en la comida como en la cena límitate a una sola copa. Si insisten pones alguna excusa. Ellos beben mucho, pero tú debes controlar en todo momento.

—No soy muy de beber, no te preocupes. ¿Las reuniones van a ser duras?

—No, no venimos a negociar nada. Son reuniones de compromiso. Alguna pega, seguramente, nos pondrán pero es básicamente ver si están contentos con nuestros servicios, indagar si ellos o alguna otra empresa de por aquí cerca están planeando ampliaciones de sus plantas. Ese tipo de cosas. Más relajado que en nuestro primer viaje.

—Vale, mejor. Todavía recuerdo cómo temblaba en las reuniones con la empresa rusa.

—Has madurado muchísimo desde entonces, y ha pasado muy poco tiempo. Empresarialmente, me refiero. Estoy muy orgulloso de ti, Lucía.

Me acabo de quedar helada. Creo que es la primera vez que me dice algo así en el plano estrictamente del trabajo. Tan solo ese comentario consigue que me dé un subidón.

—Gracias Carlos. Valoro mucho ese comentario.

—Bueno, lo creo de verdad. ¿Te apetece que vayamos a comer a un pub típico?

Increíble, Carlos proponiendo ir a un pub típico a cenar y no a una hamburguesería. No desperdicio la ocasión y le digo que por supuesto que me apetece ir.

Me lleva a un sitio muy acogedor. Hay bastante gente, pero se está cómodo. Elige una mesa bastante tranquila. La carta es muy amplia, así que Carlos no tiene ningún problema en encontrar platos de carne y yo tampoco lo tengo para encontrar algo más ligero.

El camarero conoce a Carlos, ya me había comentado que venía a Aberdeen varias veces al año. Parece muy simpático, habla y habla sin parar, pero me cuesta a horrores entenderle. Carlos parece darse cuenta. Siempre observando hasta el más mínimo detalle.

—Su acento cuesta un poco al principio, pero ya verás cómo te acostumbras rápido, Lucía.

—Es que me cuesta mucho entenderle, me acabo de quedar un poco preocupada.

—Tranquila, tu inglés es muy bueno. Mañana en las reuniones hablarán más formal, con un acento un poco más neutro, pero no te preocupes que el acento escocés cuesta un poco al principio.

—Carlos, ¿de verdad estás contento con mi trabajo?

—Te gusta que te lo diga ¿eh, peque?

Hacía un montón que no me llamaba “peque”. ¡Cómo me gusta escucharlo de sus labios! Está guapísimo esta noche y cada vez que sonrío se me acelera el corazón.

—¿Qué tal llevas lo de haberlo dejado con Alberto? Fueron seis años, sería duro.

—Sí, Carlos. La verdad es que fue bastante duro, pero necesitaba una relación que me llenase más. Sentía que me estaba conformando con algo que simplemente no iba mal, pero tampoco bien.

—Me imagino que es muy difícil romper la rutina, pero a veces hay que hacerlo antes de que sea demasiado tarde. Creo que has hecho lo correcto. Si yo tuviese tu edad haría lo mismo. Más tarde llega un punto en el que romper esa rutina supone muchísimo más esfuerzo que seguir adelante con ella. Y ya no tienes energía para hacerlo. Simplemente sigues adelante.

—O te lías con otras mujeres para darle emoción a tu vida, ¿no?

—Vienes muy guerrera.

—Perdona.

—Sé que en Hanover te hice daño, Lucía. Lo siento.

—En Hanover me partiste el corazón en dos, no solamente me hiciste daño. Podía pasar que estuvieses casado. No entiendo por qué podía pasarlo, pero lo llevaba bastante bien. Pero creía que fuera de tu matrimonio yo era especial para ti, que sería la única. Esa noche me mataste.

—Solamente te puedo decir que ojalá no lo hubiese hecho, Lucía. Sé que va a ser muy difícil que vuelvas a confiar en mí.

—No creo que pueda, Carlos.

—¿Qué puedo hacer para que vuelvas a hacerlo?

—Creo que nada. Lo siento.

—¿Estás con Sonsoles ahora?

Me quedo de piedra. Me da un vuelco el corazón. No esperaba para nada una pregunta tan directa. ¿Quizá se hable algo en la empresa? Me quedo muda. Sin articular palabra. Fueron solamente unos segundos. Unos segundos que me parecieron una eternidad. Unos segundos que, para alguien como Carlos, obsesionado por analizar cada detalle y experto en el lenguaje no verbal pueden haberle dado la respuesta sin que yo abriese la boca.

—Carlos, no quiero hablar de mi vida privada, pero no, no estamos saliendo. Vivo con ella hasta que encuentre algo. ¿Por qué me miras de ese modo?

—Por nada, mujer.

—No, a ver, ¿qué pasa?

—No te pongas a la defensiva, Lucía. En Hanover teníamos habitaciones pegadas, y se escuchaban cosas.

—Ya sé que se escuchaban cosas, como tu última noche con la putilla de turno.

—O las tuyas con Sonsoles.

Mierda, me acaba de dar una estocada. Se me viene el mundo abajo. Quiero desaparecer de esa mesa. Quiero volver a Madrid. Me siento vulnerable, no sé qué decir. Solamente miro a Carlos con ojos asustados.

—Lucía, que no pasa nada, mujer. Yo no voy a contar nada a nadie, ni de eso ni de lo nuestro. Pero no me chupo el dedo, y tú estabas también jugando a varias bandas. No pasa nada. Somos mayorcitos.

—La única diferencia es que yo lo he dejado con Alberto y ya no juego a ninguna banda.

—No del todo porque sí estás con Sonsoles, aunque no sea oficialmente. No me vas a decir que vives con ella y no tenéis sexo.

—Sí tenemos sexo Carlos. Dormimos juntas todas las noches y tenemos sexo. Mucho sexo. ¿Ya estás contento? ¿Te excita oírlo?

—Si te soy totalmente sincero, sí.

—¿Qué puta obsesión tenéis los tíos con las lesbianas? Es que no entiendo por qué os ponen tanto, joder.

—Preferiría que me hubieses dicho que no estabas con ella, Lucía.

Joder, otra vez esa sonrisa. Me derrite. Lo sabe. Esa mirada cargada de energía. Una energía tan grande que llega hasta mí, que casi se puede tocar.

—Carlos, de verdad, no puede haber nada entre nosotros. No te voy a negar que me sigues gustando porque seguro que lo estás notando. Pero no puede haber nada. Tú tienes tu vida. A tu mujer, a tu hijo. Dime, ¿qué futuro le ves a una relación paralela? ¿Te puedes conformar de verdad con tener una pareja fuera del matrimonio para unos pocos viajes al año? ¿Crees que yo me puedo conformar con eso? Porque ya te digo que no. Y es injusto que me pidas que lo haga.

—Si te prometiese que vas a ser la única sin contar con mi familia, ¿lo pensarías?

—No Carlos. Voy a cumplir treinta años. ¿Qué clase de plan es ese? Necesito una pareja estable. Estar bien con ella. No algo esporádico. No quiero volver a meterme en la espiral de mentiras y de infidelidades que tuvimos. Mientras estábamos juntos era maravilloso, no te lo voy a negar, pero cuando me quedaba sola sufría mucho. Lo siento, pero no.

Al despedirnos en la puerta de mi habitación me late con fuerza el corazón. Una parte de mí quiere que entre, pero mi parte más racional sabe que sería un gran error, que me sentiría muy mal.

—Fue una cena muy agradable, Carlos. Gracias. Mañana nos vemos.

—¿Estás segura? ¿No quieres que pase un rato y hablamos un poco más?

—Mejor que no. Estoy cansada.

—¿No te fías de mí?

—No me fío de mí, Carlos. Hasta mañana.

Mientras le veo alejarse me queda un vacío en el alma. No sé cómo he podido controlarme. Mi corazón late enloquecido, casi queriendo salir de mi pecho. Deseaba tanto besar su boca en esos momentos. Volver a acariciar su fuerte espalda. Volver a tener ese pene dentro. Mierda, me sigue poniendo a cien, pero tengo que sentar cabeza. No tenemos ningún futuro.



Juegos peligrosos

Necesito llamar a Sonsoles por Skype porque si no creo que no podré dormir. Estaré dando vueltas toda la noche pensando en el dichoso Carlos.

—Hola brujilla, ¿cómo estás?

—Hola Lucía, ¿estás siendo buena?

—Pero ¡qué tonta eres! Sí, estoy siendo buena. No hay nadie en la habitación.

—¿Te tiró los tejos?

—Bueno, sí, más o menos. Pero le dejé claro que nada de nada.

—¡Esa es mi chica!

—Pero Sonsoles, me costó un montón

—Ya supongo que te costaría. No entiendo qué te da el Carlos que te pone boba en un momento.

—Quiero estar contigo Sonsoles, quiero verte.

—Llevas un día fuera.

—Sí, pero se me hace eterno. Te echo muchísimo de menos.

—Yo a ti también. Pero el miércoles ya estás aquí otra vez y te lo compensaré. El jueves no vas a poder ni ir a trabajar.

—No seas mala que me pones a cien.

—Me parece que ya estabas a cien antes de llamar, nena.

—La verdad es que sí. Estoy super mojada en estos momentos.

—Enséñamelo por la cámara.

—¿Qué dices, Sonsoles? Estás loca tía.

—Venga, no seas tímida. Desnúdate y déjame ver esa preciosidad que tienes entre las piernas.

—Sonsoles, no me puedo creer que vaya a hacer esto de verdad.

A toda prisa me quito la ropa. Es una locura, pero me apetece muchísimo que Sonsoles me vea a través de la cámara. Abro las piernas y acerco el portátil de manera que encuadre bien mi vagina.

—¿Se ve bien?

—Es un primer plano precioso.

—No lo vas a grabar ¿no?

—¡No seas tonta! ¿Cómo te voy a grabar? No lo haría ni aunque me lo pidiesen. Ya te dije que tienes los labios más perfectos que he visto en mi vida ¿no?

—Creo que ya me lo has dicho alguna vez, pero me gusta oírlo.

—Pasa tu dedo por ella y separa los labios, quiero ver el interior.

—Pervertida.

Deslizo mi dedo medio por el interior de mi sexo notando su humedad. Estoy tremendamente excitada. Abierta, goteando. Separo mis labios para que Sonsoles pueda verme bien.

—Tenes un color rosa precioso. Lo que daría por poder besarte en estos momentos. Pasarte la lengua hasta llegar a ese clitoris tan pequeñito y tan rosa que tienes. Sentir la suavidad de su piel. Hacerte gemir. ¡Métete los dedos!

—Joder, cómo me estás poniendo, Sonsoles.

Dos de mis dedos entran en mi vagina mientras deo escapar un pequeño gemido. Siento su

calor. Las gotas que caen por mi entrepierna. Mis dedos entrando y saliendo.

—Sigue así, Lucía. Me estás poniendo a super caliente.

—¿Lo estás haciendo tú también?

—Sí, me estoy haciendo una paja mientras te miro. Es una pasada.

—Me encanta, es super excitante saber que te estás masturbando al mismo tiempo. ¿Te gusta así? ¿Qué quieres que haga? ¡Mierda! ¡Joder!

—¿Por qué paras? ¿Qué pasa?

—Joder, que tengo el teclado del portátil empapado.

—Claro le has puesto tu fuente encima...

—No te rías, Sonsoles, que es de la empresa. Vaya mierda. Como se estropee me da algo. A ver cómo lo explico. Sonsoles, joder, que no tiene ninguna gracia.

—Perdona, perdona, tía, es que es una situación un poco surrealista. Siento haberme reído. ¿Lo puedes secar?

—Sí, parece que sigue funcionando. Casi me da algo, te lo juro. La próxima vez lo haces tú. Y deja de reírte, por favor.

—Bueno, me voy a dormir que creo que de momento se me ha pasado. Te quiero y también te echo muchísimo de menos preciosa. ¡Suerte mañana! ¡Cómete a esos escoceses! En sentido empresarial, claro, en el otro ni se te ocurra. Te llamo mañana por la noche. Un besito.

—Un beso cariño. Te quiero.

Qué mal lo acabo de pasar con el puñetero portátil. Estaba tan excitada que no me di cuenta de que estaba cayendo todo encima del teclado. Y como me mojo poco, se quedó empapado el pobre. Espero que mañana siga funcionando porque si no me da un infarto.

Con lo bien que me lo estaba pasando, joder, fue una situación super excitante, las dos masturbándonos por Skype. ¡Qué pasada! Pero sigo empapada. Sigo súper excitada.

Mientras trato de secarme un poco se me ocurre una locura de la que creo que me voy a arrepentir un montón. Más que un montón. Llamo por teléfono y escucho la voz de Carlos al otro lado.

—Dime peque, ¿qué pasa?

¡Qué voz tan sensual tiene por teléfono!

—Te propongo una cosa. No significa nada ni va a llegar a nada.

—Tú dirás. Me tienes intrigado.

—¿Te has masturbado ya?

—¡Vaya preguntas que me haces Lucía!

—Tú contesta, Carlos.

—No, no lo he hecho.

—¿Te apetece que nos masturbemos los dos por teléfono?

—Podría estar bastante bien, peque, pero teniendo en cuenta las distancias te propongo una variante. ¿Por qué no nos masturbamos uno al lado del otro?

—Con reglas. Nada de tocar, ni de besar ni de nada. Cada uno lo suyo y cuando acabemos cada uno a su cama. ¿Puedo confiar en ti?

—Será difícil, pero vale.

—Carlos, si no cumples las reglas no volveré a confiar en ti nunca más.

—Vale, vale, peque. Te lo prometo. Cada uno lo suyo y luego cada uno a su cama. Entendido.

En unos minutos estoy llamando a la puerta de la habitación de Carlos. Él, por su parte, no ha perdido el tiempo y me recibe cubierto solamente con una toalla a la cintura y una evidente erección.

—Ya veo que te alegras de verme, Carlos...

—Joder, peque, la verdad es que no me esperaba esto, pero la oferta es demasiado apetecible como para rechazarla.

—No te hagas ilusiones que no va a pasar nada. Cada uno a lo nuestro y luego me voy a mi habitación. Tiene que quedar muy claro. Al fin y al cabo los dos íbamos a hacerlo por nuestra cuenta esta noche ¿no?

—Sí, sí. Ya te he dicho que por mí no hay problema. A ver, que preferiría que te quedases aquí, y hacer el amor contigo, pero bueno, si eso es lo que hay tampoco te voy a decir que no.

Nos tumbamos desnudos en una de las camas de la habitación y nuestros cuerpos no pueden evitar rozarse. No porque nos apetezca, que también, sino porque la habitación de Carlos tiene dos camas separadas y son bastante pequeñas, así que en cuanto abrimos un poco las piernas ya tenemos los primeros roces. Unos roces que me ponen a cien antes de empezar a tocarme.

Giro la cabeza para mirarle. ¡Madre mía! Si no fuese tan poco fiable me lo comía con patatas. ¡Está buenísimo! Ha adelgazado algo desde Hanover, pero le sienta aún mejor. Tiene el cuerpo más definido y cada vez que contrae su vientre deja ver esos abdominales que me vuelven loca.

Carlos ya se está masturbando lentamente. Mirándome a los ojos. Provocando. Dejando al descubierto ese glande que me enloquece cada vez que baja la fina piel de su prepucio. Sabe perfectamente que en el fondo deseo tocarlo. Deseo pasar mi lengua por ese glande. Sentir su piel imposiblemente suave. Besarlo. Escuchar cómo gime cada vez que meto su pene en mi boca. Pero tengo que contenerme. Aunque me esté costando un esfuerzo titánico.

Carlos incrementa un poco el ritmo y su respiración se hace más rápida. Mi pierna rozando la suya. Nuestras cabezas casi pegadas. Su olor.

—Te estás mordiendo el labio inferior, Ivanova.

Vale, genio. Sí, estoy excitada. Vaya descubrimiento que acabas de hacer, tú y tu lenguaje no verbal.

En el fondo solamente le sonrío porque en estos momentos prefiero que no hable. Que no diga nada. Prefiero que me deje a solas con mis pensamientos. Con mis fantasías.

Siento la humedad de mi sexo. Mis dedos resbalando entre mis labios, lanzando corrientes eléctricas cada vez que se acercan a mi clítoris. Acaricio uno de mis pezones con mi mano izquierda. Me encanta acariciarlos mientras me masturbo.

Escucho la respiración entrecortada de Carlos. Vuelvo a mirar su pene. Al sentir que le estoy observando detiene sus movimientos, baja la piel de su prepucio y acaricia el glande suavemente con la yema de sus dedos. Con movimientos lentos. ¡Qué cabrito! Me está poniendo a cien.

No quiero cerrar los ojos. Prefiero verle. Froto el dedo índice en mi clítoris haciendo círculos. A él se une pronto mi dedo medio. Lo coloco entre ambos dedos y los muevo de arriba abajo. Siento cómo resbalan con mi excitación. Desde mi clítoris los deslizo hasta mis labios, los froto con fuerza. Los dedos de mi mano izquierda juegan con mis sensibles pezones.

Tener a Carlos masturbándose a mi lado, escuchar cómo suspira, cómo gime, ver cómo sus abdominales se contraen de placer, me está volviendo loca. Su mano derecha subiendo y bajando la piel de su pene mientras con la izquierda acaricia sus abdominales y su pecho.

Aprovecho para fijarme en su pecho. Carlos tiene un torso como para volverse loca. Siempre va totalmente depilado y su obsesión por el gimnasio hace maravillas marcando esos pectorales.

Introduzco dos de mis dedos en mi interior, los muevo rítmicamente mientras la palma de mi mano roza mi clítoris, manteniendo el mismo ritmo. Escucho la respiración entrecortada de Carlos, mis gemidos, los suyos. Su pierna roza la mía produciendo escalofríos de excitación en todo mi cuerpo.

Mis dedos penetran ahora mi sexo a un ritmo frenético, imaginando que es el pene de Carlos es que está dentro de mí. Me cuesta un auténtico triunfo controlarme cada vez que veo su glande al masturbarse, ese glande que me vuelve absolutamente loca. Quiero chuparlo, pasar mi lengua por él. Sentir su calor, su suavidad.

Acerco un poco más mi cabeza a la suya para sentir su respiración a mi lado. Mi dedo pulgar frota ahora mi clítoris a una velocidad endiablada al notar que a Carlos le queda poco para llegar al orgasmo.

Escucho el sonido de mis dedos entrando y saliendo, el sonido que hacen al penetrar la humedad de mi sexo. Nunca me había fijado en ello hasta que empecé a tener relaciones con Sonsoles. Ahora es algo que me excita de una manera increíble.

Mis gemidos son cada vez más fuertes. Sé que a Carlos no le gusta que gima fuerte, es un hotel y siempre tiene que guardar las apariencias, pero no me importa. Ahora mismo solamente quiero sentir placer.

Me levanto y me coloco de rodillas sobre la cama. Mi cabeza apoyada en la almohada masturbándome con pasión. Cada vez más y más rápido. Mi cuerpo tiembla, gimo, jadeo. Apenas puedo mantener el equilibrio sobre la cama. La palma de mi mano roza con pasión mi delicado clítoris, lo tengo tan sensible en estos momentos que cualquier roce me transporta a otra dimensión. Mis dedos penetrándome cada vez con más fuerza imaginando que es Carlos el que lo hace, metiendo su pene desde atrás con sus manos en mis caderas. Empujando con fuerza.

A mi lado veo a Carlos sintiendo su placer al máximo. Su boca abierta, suspirando. Sus ojos cerrados. Su mano libre agarrando las sábanas. Fuertes suspiros. Observo cómo sus piernas tiemblan y con un gemido más largo, casi un gruñido, se deja caer en la cama mientras su semen cae sobre su vientre.

La visión de Carlos contrayendo sus abdominales con cada ola de placer y su semen resbalando por ellos es más de lo que puedo soportar. No soy mucho de chupar el semen, pero en estos momentos pasaría mi lengua por esos abdominales sin dudarlo.

Incremento el ritmo de mis dedos sintiendo que ya me queda poco. Carlos se levanta para limpiarse. ¡Mierda! Con o guapo que estaba sobre la cama completamente desnudo. Joder, acaba de romper un momento mágico. Me dejo caer sobre la cama, agotada, a punto de llegar al orgasmo, pero sin conseguirlo.

¿Por qué tuvo que moverse justo en ese momento? Ya estaba casi, solamente me faltaba un poquito. No puedo evitar pensar que Sonsoles siempre pone por delante mi placer, incluso antes que el suyo. Carlos no se da cuenta, pero muchas veces se pone primero a él. Y aún así es mucho mejor que Alberto o cualquiera de las parejas masculinas que he tenido hasta ahora. O quizá sea Sonsoles la que es especial.

Menudos pensamientos se me ocurren en estos momentos. Carlos vuelve del baño y se tumba a mi lado. Acaricia mi espalda, mis hombros, mi cuello. Me giro y le miro. Está guapo incluso sin erección. Me sonrío.

—¿Te gustó peque?

—Estuvo muy bien, ¿a ti?

—Mucho. No me vas a creer, pero es algo que nunca había hecho. Y saber que no podía tocarte mientras veía cómo te masturbabas a mi lado fue muy excitante. Eres maravillosa, Lucía.

Cuando entra en escena el Carlos sensible y cariñoso es una auténtica pasada. Incluso sabiendo que está casado y que pierde la cabeza por las primeras bragas que se cruzan en su camino.

—¿No hay ninguna posibilidad de convencerte de algo más serio?

—¿Algo más serio?

—Sí. No me refiero a sexo y no me refiero a este viaje. He estado pensando mucho en ti, en lo nuestro. Reconozco que he sido muy egoísta contigo, pero lo que sentí en nuestro viaje a San Petesburgo fueron sentimientos reales. Muy especiales. Cada vez me doy más cuenta y me gustaría poder recuperarlos.

—Tendrías que renunciar a mucho, y no creo que estés dispuesto.

—Me conoces muy bien, pero me gustaría proponerte algo intermedio.

—Tú dirás.

—Te prometo que serías la única fuera de mi matrimonio. Se acabaron las aventuras en los viajes con otras mujeres. Serías solamente tú.

—No me convence mucho, Carlos.

—Espera, déjame hablar. Tú podrías seguir con Sonsoles. Creo que es justo si yo voy a estar con mi mujer. Yo programaría por lo menos un viaje al mes contigo e intentaría quedar en Madrid en alguna ocasión. Pero al menos en un viaje de trabajo al mes, muchos meses en dos viajes, estaríamos juntos.

Carlos me dedica esa sonrisa que me enloquece, tan llena de seguridad mientras habla. Sabe que me vuelvo loca cada vez que destila esa seguridad en sí mismo, pero tengo que intentar mantener la cabeza fría.

—Piénsalo, Lucía. Sería como una relación poliamorosa. Cada uno es fiel a sus dos parejas y ambos tendríamos lo mejor de las dos relaciones. Ninguno de los dos tendría que hacer grandes cambios en su vida, pero al mismo tiempo podríamos estar juntos. No tienes por qué renunciar a Sonsoles.

Es un cabrito. Sabe dónde está mi punto débil. Ahora mismo Sonsoles es una pieza importantísima en mi vida. Una pieza clave, fundamental. No sé muy bien dónde encaja, pero la necesito en mi vida. Bueno, sí sé dónde encaja, pero no me atrevo a dar el paso. Carlos sabe que no renunciaría a ella, al igual que él no renunciaría a su matrimonio.

—¿Nuestras parejas lo sabrían?

—Tú se lo puedes contar a Sonsoles si quieres. No sé cómo se lo tomaría. Yo no se lo puedo contar a mi mujer, ya lo sabes. Yo no pongo las reglas en esta sociedad. Las relaciones están cambiando, estoy convencido que el futuro de las relaciones amorosas es el poliamor, pero a mí, por edad y estatus social y laboral esos cambios no me van a tocar. En cualquier caso, lo lógico serían relaciones más abiertas y lo del poliamor tiene todo el sentido del mundo.

—¿Y Sonsoles por ser lesbiana lo tiene que comprender?

—No es por ser lesbiana. Es por ser más joven y más desinhibida. En vuestra generación es mucho más común otro tipo de relaciones diferentes a las tradicionales, y cada vez lo será más.

—Dime una cosa, Carlos. Si tu mujer te viene con la misma proposición ¿tú qué harías? ¿Lo comprenderías? Imagínate que te viene un día y te dice, “como viajas mucho estoy teniendo un lío con Óscar, pero en secreto, vamos a seguir tranquilamente con nuestro matrimonio y que no se entere nadie, que hay que guardar las apariencias, que tenemos un estatus”.

—Joder, Lucía, para empezar Óscar es un compañero de trabajo. Con una persona que no conozca habría que analizar bien la situación. Tendría, en cualquier caso, que ser algo muy discreto como lo que yo te propongo.

—Ya, pues es que Sonsoles también es una compañera de trabajo. Imagina la tensión cada vez que estemos los tres juntos en la oficina sabiendo que los dos me estáis follando.

—Vale, te tengo que dar la razón. Sería un poco incómodo. Bastante incómodo. Pero siempre queda la opción de que no lo sepa.

—No quiero más mentiras, Carlos. Lo pasé fatal estos últimos meses engañando a Alberto. Eso

se acabó.

—¿Le vas a contar a Sonsoles esto?

—Creo que sí. No lo sé.

Mierda. Baño de realidad. Le prometí a Sonsoles que no pasaría nada. Cada uno estuvo a lo suyo, no hicimos el amor, ni siquiera nos tocamos, pero está claro que muy ético tampoco es. Aunque al menos pude aguantarme y no acabamos follando,

—¿Quieres quedarte a dormir aquí?

—Si es en la otra cama, sí. Me apetece.

○○○○○

Despertando juntos

Me despierto con un beso en la mejilla a la mañana siguiente. Abro los ojos y allí está Carlos, desnudo, a mi lado. Con lo que a mí me gusta despertarme con besos, pero sé que me voy a arrepentir de lo de ayer. Y mucho.

—Buenos días, Ivanova. Hora de despertarse. El desayuno ya está listo.

—¿Y eso?

—Mientras dormías he pedido el desayuno, lo tenemos ya preparado.

—Ya, se me había olvidado que eres medio vampiro y que casi no duermes.

No le digo nada, pero las distinciones que hace la empresa contratando para Carlos una mini suite con un saloncito además del dormitorio, y habitaciones normales para el resto de nosotros no me parecen demasiado bien. Por mucho que sea el jefe del departamento. Aunque en este caso me viene de maravilla porque el servicio de habitaciones pudo dejar el desayuno sin molestarme. Las cosas buenas de ir con el niño mimado de la empresa, supongo.

—Puedes desayunar desnuda, si quieres.

—Sí, ya veo que tu amiguito se empieza a despertar, ahí entre tus piernas y que os gustaría a los dos que desayunase desnuda.

—No te lo voy a negar.

Carlos me da la mano y me ayuda a levantarme de la cama. Al acercarme a él la punta de su pene roza mi vientre y siento un cosquilleo casi doloroso en mi vagina. Pero tengo que intentar controlarme, que bastante cruzamos ayer la línea roja.

De la mano me lleva hasta donde tenemos colocado el desayuno. Como no esperaba menos, ha pedido un desayuno como para una manada de leones. Bastante variado. Incluyendo una pequeña caja de bombones.

—¿Y esto, Carlos? —Le digo señalando a la caja de bombones.

—Ya sé que te gustan mucho las rosas, pero no pude conseguirlas, así que te tendrás que conformar solamente con los bombones.

—¿Me vas a seducir con los mismos trucos que en San Petesburgo? Tienes poca imaginación.

Tengo que hacerme la dura, pero en el fondo me derrite que tenga esos detalles. Despertarme por la mañana con un beso, una caja de bombones y el desayuno listo en la habitación hace que a mi cuerpo se le disparen las hormonas, y eso ya sé cómo va a acabar. Y sé lo mal que lo voy a pasar más tarde, cuando todo acabe.

—Espera, déjame ir al baño antes, Carlos, que voy con un poco de prisa. ¿Tienes colutorio? No quiero que espantarte con el aliento mañanero.

—Sí, hay de todo en el baño. Puedes usar un pequeño cepillo y la pasta de dientes que ha puesto el hotel en una pequeña cestita, a la derecha.

¡Cómo no! A mí no me han puesto nada de eso. Él tiene una cestita con todo tipo de cosas, con lo que a mí me gustan. Debe de ser la falta de costumbre, pero me encantan todas las chorradas que ponen en el baño de los hoteles. A mí me pusieron gel y champú, y gracias.

Qué rabia me da cuando Carlos te despierta por la mañana, yo con cara de recién levantada, con los pelos por toda la cara, después de haber sudado por la noche y con mal aliento y él siempre arregladito, recién duchado y afeitado y oliendo a su eterna colonia. Esa que me vuelve

loquita. Supongo que son las ventajas y desventajas de dormir poco como él hace.

Tras la breve parada en el baño vuelvo con Carlos. Joder, lo de desayunar desnudos es un suplicio. No puedo quitar los ojos de su cuerpo. Más bien de su pene que sigue ahí tieso, como mirándome desafiante.

No me parece que Carlos esté disfrutando mucho de la comida tampoco. Apenas está probando bocado y se dedica más bien a devorarme a mí con su mirada. Casi puedo sentir sus manos y su boca pasando por mi cuerpo. Estoy segura de que en su imaginación lo está haciendo en estos momentos y con todo detalle.

Para qué me habré metido yo en esto, sabiendo como sé cómo va a acabar. Tiene razón Sonsoles en que tengo que poner mis ideas en orden y ser algo más racional, pero es que Carlos es mi debilidad. Me derrite con esa sonrisa. Con esa seguridad que transmite cada poro de su cuerpo. Con ese cuerpo de gimnasio.

Mi mente batallando de nuevo con mi corazón. Una diciendo que ni se me ocurra, que bastante nos hemos pasado ya con lo de ayer, masturbándonos uno al lado del otro, y ahora desayunando los dos desnudos, sin quitar los ojos de su pene.

El corazón y mis hormonas de la mano, intentando convencerme de que ya total, de perdidos al río. La línea roja ya está cruzada, qué más da un poco más. ¿Qué diferencia hay entre masturbarme a su lado y chupar su pene? Es un solo paso más. Y no puedo negar que es lo que me apetece en este preciso instante. Eso, y meterlo dentro de mí.

Carlos sigue sonriendo, acariciando mi mano, tocando mi brazo, devorando cada centímetro de mi cuerpo con su mirada. Transmitiendo una energía sexual que podría iluminar una pequeña ciudad.

Maldita sea, a la tercera sonrisa empiezo a ceder y me dejo besar. Mierda. Se acabó. Mis barreras bajan de golpe al sentir los labios de Carlos rozando los míos. Al principio un beso suave que pronto se convierte en otro lleno de pasión. Mis labios mordiendo ese labio inferior que me vuelve loca, su lengua buscando la mía.

De la mano me lleva hasta la habitación y se sienta al borde de la cama. Me coloco sobre él sintiendo cómo su erección encaja de manera perfecta en los labios de mi vagina. Muevo las caderas para sentirlo. Lo noto resbalar por mi sexo. Mis manos agarrando fuertemente su pelo mientras nos besamos con pasión.

Sé que no nos queda mucho tiempo para ir a nuestra primera reunión de trabajo y aún me tengo que duchar. Me da la impresión de que Carlos se tendrá que duchar también porque estoy literalmente goteando sobre sus piernas.

Cómo odio las prisas en estos momentos. Tumbo a Carlos sobre la cama y me coloco sobre él. Beso su cuello. Paso mi lengua por sus pezones. Cómo me gusta acariciar esos pectorales tan duros. Sin dejar de besarle mi mano derecha baja hasta su pene, lo siento duro, deseando entrar en mi interior.

—Me muero por chupártela Carlos.

—No tenemos demasiado tiempo. Mejor lo dejamos para la noche.

—No puedo, sólo un momento.

Me coloco de rodillas junto a él y comienzo a masturbarle. Cada vez que dejo al descubierto su glande siento escalofríos por todo mi cuerpo. Me vuelve loca. Carlos está más excitado que de costumbre. Se nota que tenía muchas ganas. Le costó más trabajo conseguirlo esta vez, y estoy segura de que eso le ha excitado mucho más.

Mi lengua juega con su glande sintiendo la suave y sensible piel. Sus abdominales se contraen, escucho su respiración hacerse más fuerte. Sus manos acariciando mi pelo.

—Lucía, no tenemos tiempo.

Cómo me fastidia estar lanzada y no poder dedicarle tiempo, pero tiene razón. Si sigo chupando no hay polvo y en estos momentos necesito urgentemente tenerle dentro de mí.

Me tumbo en la cama y abriendo las piernas le ofrezco una clara invitación a mi vagina. Carlos pasa su mano por ella, acariciando desde mi pubis a su parte más baja. Sintiendo su humedad.

Sin mediar palabra se coloca sobre mí y agarrando su pene me penetra con una fuerte embestida. Me vuelve loca esa mezcla entre placer y un suave dolor al meter directamente su pene sin prepararme antes con sus dedos.

Apoyado sobre sus brazos penetra con fuerza en mi interior. Cierro los ojos. Coloco mis manos en sus tríceps sintiendo la tensión de sus músculos mientras sujetan su peso. Escucho su respiración cerca de mi oído. Puedo notar su olor.

Coloca mis piernas sobre sus hombros. El ángulo con el que entra su pene cambia por completo y me vuelve loca. Empuja con fuerza. Sigo con los ojos cerrados. Mi boca abierta buscando aire. Gimiendo. Una de mis manos agarrando con fuerza su pelo mientras que la otra araña su fuerte espalda.

Aumenta su ritmo. Su respiración se hace más fuerte. Creo que no le queda demasiado para tener un orgasmo y yo estoy todavía lejos. Con los dedos de mi mano derecha estímulo mi clítoris para acelerarlo. Lo noto duro. Sensible. Extremadamente sensible.

Carlos se coloca de rodillas sobre la cama y sigue con su ritmo endiablado. Escucho el sonido de su pene entrando y saliendo de mi vagina. Le gusta ver cómo me masturbo al mismo tiempo que hacemos el amor. Desde esa posición su pene estimula con fuerza la parte superior de mi cavidad vaginal y me transmite un placer maravilloso.

Mis piernas comienzan a temblar, noto que Carlos debe estar a punto. Lo siento en su respiración, en sus gemidos. Necesito un poco más.

Siento un chorro de semen caliente en mi interior. Cómo me gusta sentirlo. Me vuelve loca esa sensación, ver la cara de satisfacción de Carlos mientras tiene el orgasmo y sentir el calor de su semen dentro de mí.

—No lo saques, por favor, Carlos, ya estoy casi.

Siento cómo el pene de Carlos va perdiendo parte de su dureza, pero la sensación de su glande frotando el interior de mi vagina mientras la yema de mis dedos frota mi clítoris es más que suficiente para tener un orgasmo. No una maravilla de orgasmo, un poco forzado, pero no me puedo quejar en absoluto.

—Lo siento, peque. Ya sabes que suelo tardar más. Pero es que tenía tantas ganas de estar dentro de ti que no pude aguantar más tiempo.

—No pasa nada, amor. Estuvo muy bien.

—¿Te gustó?

—Sí, mucho. Yo también tenía muchas ganas. De verdad. No pasa nada por durar un poco menos algún día.

—Tenemos que darnos prisa, peque. ¡A la ducha!

Esta es la parte que peor llevo. Después de hacer el amor mi cuerpo necesita tranquilidad. Mimos. Que me acaricien. Que me besen. Salir corriendo lo llevo fatal, pero lo de ver a Carlos en los hoteles mientras trabajamos es lo que tiene.

—¿Esto significa que has aceptado mi oferta de tener una relación más seria?

—Esto significa que acabamos de follar y nada más, Carlos. Sabes que me gustas mucho, pero lo que me propones es muy complicado.

—Vale, pero prométeme que te lo pensarás al menos.

—Te lo prometo.

∞∞∞∞

Reunión con los escoceses

De camino a la reunión de trabajo no puedo evitar pensar en lo que ha pasado con Carlos. Estoy harta de mentiras. Tengo que decírselo a Sonsoles. Pero me va a matar.

Tampoco es que Sonsoles y yo estemos saliendo de manera formal ni nada, pero no es justo que le haga esto. Ahora ya está hecho y lo que no voy a hacer es ocultárselo. Mira que me avisó una y otra vez, pero es que no sé qué narices me pasa con Carlos que es algo superior a mí. Aunque le lleve algo de tiempo siempre acaba convenciéndome.

Y la verdad es que no lo entiendo. Sé que no me conviene para nada. Es un egoísta. Puede ser una persona maravillosa cuando quiere. Pero sólo quiere cuando le apetece llevarte a la cama.

¿Y la propuesta que me ha hecho?

Es que soy boba, de verdad. No entiendo ni cómo me la he llegado a plantear. Le he dicho que me lo pensaría. ¿Qué tipo de propuesta es esa? Él sigue con su vida normal y puede disponer de mí cuando le apetezca. ¡Menudo plan! No renuncia a nada. Tengo que hablarlo con él esta tarde.

Pobre Sonsoles. Nadie me entiende como ella. Lo que me tiene que aguantar constantemente. No sé cómo ha podido cambiar tanto mi vida en unos pocos meses. Tengo que aclarar mis ideas porque no sólo me estoy haciendo daño a mí misma, sino también a los que hay a mi alrededor. A la gente que me quiere.

—Estás muy callada Lucía.

—Sí, voy mirando el paisaje. Ya que no tenemos mucho tiempo, por lo menos por decir que estuve aquí.

Miento como una bellaca. Todo se pega. No me parece el sitio ni el momento correcto para hablar todo lo que tengo que hablar con él. Lo malo es que soy consciente de que si de verdad se empeña casi seguro que acabaré de nuevo en la cama con él esta noche.

Y para colmo, con la vida sexual que lleva me va a terminar pegando algo casi seguro. Mira que soy tonta. Por mucho que esté tomando la píldora tenía que usar protección, pero no es lo mismo. Mierda, Si me pega algo me muero. Mira que Sonsoles me tiene advertida.

La reunión de trabajo con los escoceses fue de maravilla. Carlos tenía razón en que me haría con el acento bastante pronto. Aunque de todos modos el acento de esta gente era mucho más fácil de entender que el del camarero del pub de anoche.

No es por tirarme flores, pero creo que estuve muy bien. Espero que Carlos me lo confirme y que tome buena nota. Todo esto de acostarme con él me crea a veces un poco de inseguridad. Nunca sé si valora mi trabajo en la empresa o en la cama. O en ambos sitios.

Los escoceses nos llevaron a comer a un restaurante muy acogedor. Son gente encantadora. Estaban cuatro de ellos, incluido su director gerente, Carlos y yo.

La verdad es que me sentí muy cómoda en la comida a pesar de que era la única mujer. Bebieron como cosacos, incluido Carlos, pero fue una comida muy agradable, al igual que la reunión de por la mañana. Nada que ver con lo complicado y tenso que fue todo en Rusia en mi primer viaje con Carlos.

Ahora empiezo a ver la gran diferencia de cuando me hablan de “visita de cortesía” que más o menos vas de “colegueo” a ver si puedes sacar algo más, pero al fin y al cabo relajado, a cuando la reunión es una negociación para sacar un contrato, que es mucho más dura y tensa. A mí, que me

den muchas de las de “cortesía”.

Al terminar de comer nos propusieron pasear un rato por la “Castlegate” que es la zona más antigua de la ciudad. Menos mal porque ya me pensaba que me iría de Aberdeen sin conocer nada de nada. Es una zona preciosa, llena de monumentos antiguos de granito.

No sé si es el alcohol, pero me pongo un poco melancólica. Pienso en Sonsoles y en lo mal que me porto con ella con todo lo que me quiere. Me encantaría pasar unas vacaciones por Escocia con ella. Sonsoles y yo solas recorriendo Escocia. ¡Menudo plan! Tengo que proponérselo para el verano.

Cuando por fin llegamos al hotel estoy agotada. Comí demasiado y la caminata consiguió que los zapatos me hiciesen ampollas así que la última parte fue un auténtico suplicio. Sólo tengo ganas de ducharme y tirarme en la cama. Hoy paso de cena, pero tengo que hablar con Carlos antes de ir a dormir.

No voy a negar que se me pasa por la cabeza volver a acostarme con él, en plan despedida. Sin prisas. Aprovechar la noche y llevarme en la memoria una sesión de sexo de esas que Carlos sabe dar. Me excito sólo de pensarlo, pero tendría que ser consecuente. Quiero que esto se acabe de verdad, y si le voy a decir que se acaba y al final nos acostamos no tiene mucho sentido.

—¿Te veo ahora Lucía?

Carlos me saca de mis pensamientos. Tengo bastante claro lo que quiere, pero esta vez no lo va a lograr.

—Sí, dame media hora para ducharme y voy a tu habitación. No tengo hambre, si quieres pica algo.

—Vale, bajo a la cafetería a por una hamburguesa en plan rápido. Dame una hora entonces.

—Vale, nos vemos en una hora.

¡Qué manía tiene este hombre con las hamburguesas! Me pregunto dónde mete toda esa grasa, porque no se le nota lo más mínimo.

Aprovecho que tengo más tiempo para llamar a Sonsoles por Skype y luego me daré una ducha.

—Hola nena. Veo que el portátil de la empresa sigue funcionando.

—No te burles, Sonsoles, que lo pasé fatal ayer. A ver cómo lo explico en la empresa si se estropea.

—Si le explicas a tu jefe directo lo que pasó no habría problema. Es más, si le dejas verlo en directo creo que te subiría el sueldo.

—¡Qué mala eres!

—Por cierto, ¿qué tal con el señorito Carlos?

—Bien, las reuniones han salido fenomenal. Creo que aporté alguna cosa súper interesante. Estarías orgullosa de mí.

—Yo siempre estoy orgullosa de ti. Vales mucho, sólo tienes que creértelo un poco más. Pero te preguntaba más bien por el trato personal con Carlos. ¿Se comporta?

¡Joder! no quería sacar hoy el tema. Tampoco es algo para hablarlo por Skype. Prefería en persona, pero ya estoy cansada de mentir.

—Lucía, ese silencio es un poco preocupante y te ha cambiado la cara.

Lo de mi cara es como un libro abierto para todo el mundo. No puedo ser tan expresiva.

—Lo habéis hecho, ¿no?

—Sí, no significa nada. Fue algo muy rápido, pero fue la última vez. Ya lo hablamos un poco ayer y voy a quedar dentro de una hora con él para dejárselo bien claro. No fue nada, Sonsoles.

—Ya, lo de que fue la última vez y que no fue nada llevo escuchándolo unas cuantas veces, Lucía. Mira, yo no te voy a pedir nada porque no tenemos nada serio, pero no sé cómo decirte que

no te conviene en absoluto. Solamente te está utilizando. No entiendo qué te pasa con Carlos que en cuanto te sonríe pierdes las bragas. No puedes seguir así, Lucía. ¿No te das cuenta de que es una relación muy tóxica?

—Si ya lo sé, Sonsoles. Es que yo tampoco entiendo lo que me pasa. Ya sé que no me conviene y que ya lo hemos hablado en más ocasiones, pero se acabó.

—Supongo que esta vez sí has usado preservativo ¿no?

Ni siquiera me atrevo a contestar.

—Lucía estás jugando con fuego. No sólo te estás arriesgando tú, me estás poniendo en peligro a mí también. Eso sí que no lo puedes hacer. Si vas a tener más de una pareja es la primera regla. Si no lo haces pones en peligro a todo el mundo. No tenemos ni idea con cuantas mujeres se está acostando. Esto no puede seguir así.

—¡Espera! ¡No cuelgues! Sonsoles, por favor.

Mierda, me siento fatal. Las lágrimas se me escapan de manera descontrolada. Lo malo es que tiene toda la razón. He metido la pata hasta el fondo con Carlos. Una vez más. Y no parezco capaz de controlarme con él.

Sonsoles es lo mejor que me ha pasado en la vida y lo estoy estropeando todo. La estoy alejando de mí.

Estoy repitiendo el comportamiento de mi padre. Con el daño que hizo a mi familia. Después de ver los ataques de ansiedad de mi madre durante esos años, ahora yo repito su comportamiento con Carlos. No he sido capaz de parar aunque sabía que tenía que hacerlo.

Tras la ducha me acerco hasta la mini suite de Carlos para poner fin a todo esto. Me armo de valor porque sé que intentará convencerme. Sé que no me lo va a poner nada fácil y que me costará un triunfo controlarme. Pero lo tengo que hacer. Por mí y por Sonsoles.



La decisión

Suena el despertador. Hora de ducharse a toda prisa y salir hacia el aeropuerto. La empresa contrató un vuelo muy temprano porque Carlos se empeñó en pasar por la oficina un rato antes de que cierren. Debía terminar unas cosas, así que el madrugón es de los que hacen época.

Miro por la ventana y es totalmente de noche. Las calles están vacías. No se ven ni coches ni peatones. Tendrían que estar prohibidos estos madrugones.

Claro, como Carlos duerme mal y se levanta todos los días a esta hora, piensa que todos somos iguales, pero voy a necesitar toneladas de café en vena para poder funcionar hoy. Quizá si limpiase su conciencia y dejase de mentir dormiría mejor.

Salgo corriendo a toda prisa. Carlos ya está en la recepción junto con el taxi que nos llevará al aeropuerto.

—Siento lo de ayer, Lucía. No sé qué me ocurrió.

—No pasa nada.

—Perdona, de verdad.

—Que no pasa nada, Carlos. Está olvidado.

—¿Estás muy enfadada conmigo?

—Sólo un poco.

—Es que entre lo que bebimos con los escoceses y las cervezas que tomé con la cena me quedé dormido y no te oí llamar a la puerta. He visto tus llamadas perdidas esta mañana y recordé que habíamos quedado, pero me quedé fuera de combate. Lo siento mucho.

—Olvidalo, anda.

Por mucho que me fastidie que no me abriese la puerta ayer, tengo que reconocer que en el fondo, aunque sea muy en el fondo, me alegro. De esa manera he evitado el peligro que supondría estar en su habitación por la noche. En la última noche.

En cuanto llegue a Madrid tengo que hablar con Sonsoles y conseguir que me perdone. Soy una imbécil, pero espero estar todavía a tiempo.

Carlos lleva una resaca impresionante. Se ve que mezcló demasiado. Prefiero creer su historia de que se quedó dormido después de la cena y no pensar en que seguramente se encontró a alguna escocesa pelirroja y acabó en la cama con ella. Esa me parece la historia más verosímil.

En cualquier caso, entre su resaca y que en los vuelos no se le puede molestar, nos pasamos el viaje casi sin mediar palabra o hablando de cosas banales.

Al llegar a Madrid vamos directamente a la oficina. No me parece que Carlos esté en muy buenas condiciones para seguir trabajando, pero a mí me viene muy bien pasar por allí.

Lo bueno de casi no hablar en el viaje es que he tenido mucho tiempo para reflexionar y para ordenar mis ideas.

—Carlos, subo ahora mismo a la oficina. Tengo que comprar una cosa antes. Sólo cinco minutos.

—Vale, pero no tardes.

—Sí, tranquilo.

Al entrar en la oficina todo el mundo me mira como si acabasen de ver un espectro. Les escucho hablar según paso por las mesas. Clavar sus miradas en mí. Cuchichear.

Voy a ser el comentario de la empresa durante meses. Seguramente será una historia que contarán a los nuevos dentro de unos años. Pero no me importa. He de hacerlo y, aunque sea una locura, no se me ocurre nada mejor.

Sonsoles se queda de piedra al verme entrar. Su cara entre el asombro y la incredulidad.

Me dirijo directamente hacia ella con un ramo de rosas en la mano y, sin poder evitar que se me salten las lágrimas, beso sus labios.

—Perdóname, Sonsoles. Te quiero y no quiero que nos separemos nunca.

Por el rabillo del ojo puedo ver a gran parte de la empresa mirándonos. En nuestro departamento la única zona privada es el despacho de Carlos y pienso que incluso ha subido gente del piso inferior para ver la escena dantesca que estoy montando en medio de la empresa.

Sonsoles sigue mirándome sin reaccionar, con las rosas en la mano. Ni siquiera ha abierto la boca al besarla.

Las lágrimas se me escapan ya de manera descontrolada. Cada segundo me parece una eternidad. Es como si el tiempo se hubiese detenido por completo y sólo espero que empiece a caminar de nuevo o que la tierra me trague.

—No me gustan las rosas.

—Lo siento.

Me tiembla la barbilla, mientras suspiro y dejo escapar mis lágrimas como una niña pequeña.

—Pero me gustas tú y yo tampoco quiero que nos separemos nunca.

Sonsoles se acerca a mí y levantando con sus dedos mi barbilla me da el beso más maravilloso que me han dado nunca.

Mientras nos besamos escucho comentarios de todo tipo. Los más valientes dejan escapar pequeños aplausos. Otros sonrían. En algunos se puede ver una mirada de desprecio.

Por primera vez en la vida no me importa nada más. Quiero estar con Sonsoles y haré todo lo posible para mantener su confianza.

Tras besarnos, Sonsoles toma mi mano, me sonrío y me lleva fuera de la oficina. Mientras salimos con nuestras manos entrelazadas veo cómo las miradas de media empresa se clavan en nosotras.

—Te costó tomar la decisión, ¿eh?

—Lo siento, Sonsoles. La decisión la tenía delante de mis narices y mi corazón lo sabía, pero me daba miedo.

—Sí, sé que da mucho miedo dar ese paso, pero una vez que lo haces es liberador.

—Mucho. En estos momentos soy muy feliz, Sonsoles.

—Te quiero, Ivanova.



Otros libros de la autora

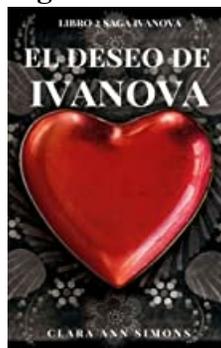
Tienes disponibles la primera y segunda parte de esta saga en Amazon. En papel, formato Kindle o gratis si tienes Kindle Unlimited.

El secreto de Ivanova. Libro 1 de la Saga Ivanova



<https://www.amazon.es/El-Secreto-Ivanova-rom%C3%A1ntica-er%C3%B3tica-ebook/dp/B0829DT3QR/>

El deseo de Ivanova. Libro 2 de la Saga Ivanova



<https://www.amazon.es/EL-DESEO-IVANOVA-Libro-Ivanova-ebook/dp/B0833BKPZF/>

Además de los libros de la saga Ivanova, también tienes disponibles dos libros de relatos cortos de temática lésbica.

Sólo nosotras



<https://www.amazon.es/S%C3%93LO-NOSOTRAS-Relatos-er%C3%B3ticos-1%C3%A9sbico-ebook/dp/B083QT1H81/>

Sólo nosotras 2



<https://www.amazon.es/S%C3%93LO-NOSOTRAS-Relatos-er%C3%B3ticos-1%C3%A9sbico-ebook/dp/B0858ZS7NT/>

Espero que este libro te haya gustado. Si es así, te agradecería una reseña en Amazon o Goodreads para que más gente pueda leerlo.